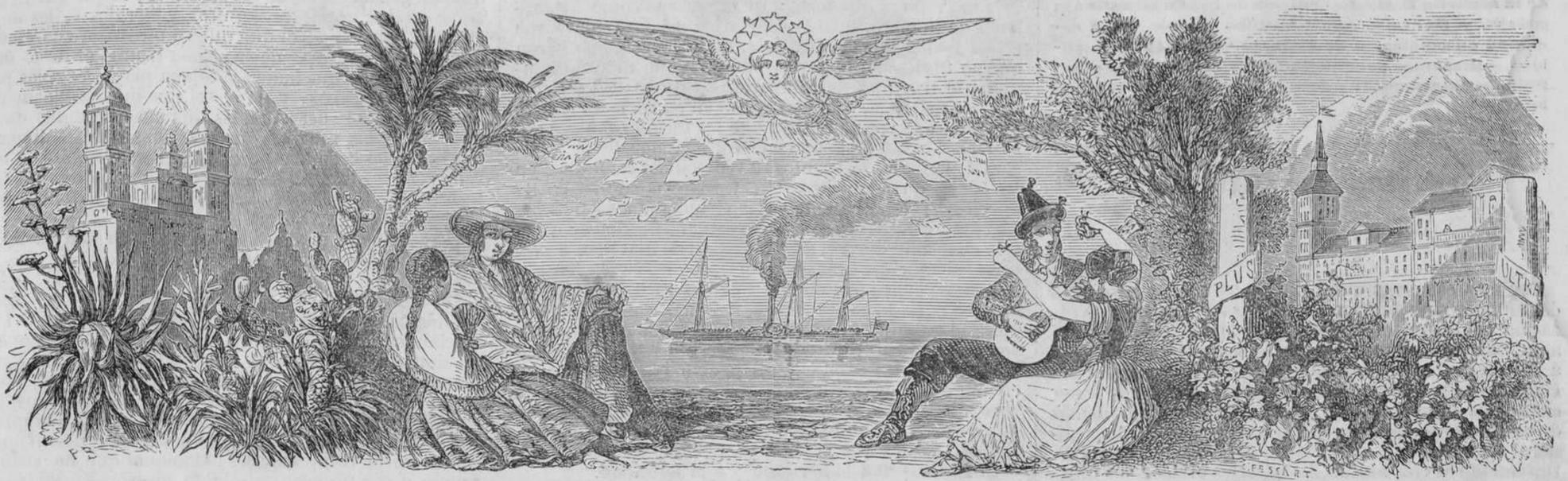


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1857. — TOMO X.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administración general, calle del faubourg Montmartre, nº 10 en París

Año 16. — Nº 236.



El príncipe Federico de Prusia y la princesa real de Inglaterra.

SUMARIO.

El príncipe Federico de Prusia y la princesa real de Inglaterra; grabado. — **Estudios históricos. — El faro de Málaga. — Exposición de pintura y escultura de 1857;** grabado. — **Nociones históricas sobre la Kabilia;** grabados. — **Revista de París. — Versos hechos en nombre de la señorita E. M. — Expedición de la «Constantine»;** grabados. — **Dalila. — Sport náutico;** grabado. — **La sociedad entomológica de Francia en Montpellier;** grabados. — **Discursos pronunciados en la Academia española. — Astronomía;** grabado. — **El sol en el ocaso;** grabado.

ESTUDIOS LITERARIOS.

POESIAS DE LOS BARDOS.

I.

Por mas esfuerzos que hicieron los romanos, señores del mundo, para borrar las huellas de la pasada civilización en los pueblos que acababan de conquistar, ó aquellos fueron poco poderosos, ó estas se habían llegado á imprimir harto profundamente para que pudieran conseguirlo por completo. Y no es que dejaran de poner cuanto de su parte estaba para realizarlo, pues además de las leyes romanas que se hicieron de observancia general; además de los grandiosos espectáculos que gratuitamente y con ánimo de hacerles olvidar sus antiguas costumbres se proporcionaban á los pueblos; además de haber procurado por todos los medios que la lengua del Lacio fuera idioma universal, vemos á los soldados del imperio destruyendo cuanto á su impetuosa carrera se oponía, para sustituirlo mas tarde con objetos que pudieran embellecer el pueblo acabado de conquistar. Donde no há mucho se elevaba un centenario bosque druídico, que había presenciado durante siglos enteros el sacrificio de las víctimas y los augurios del sacerdote, aparece ahora una ciudad con sus templos, palacios y galerías, adornados con estatuas de mármol, de bronce y á veces de mas precioso metal; sobre los rios que no há mucho debían vadearse á nado, ó abandonándose á merced del débil esquife, se echan puentes soberbios y robustos que á la par que pueden desafiar el rigor de los siglos, facilitan el paso á la vencedora majestad del imperio; y en todas partes, do quiera hay un risueño valle, una apacible llanura, una frondosa alameda, surgen pintorescas VILLAS aun mas bellas que las de Adriano y Ciceron.

Mas los hijos de la ciudad eterna, en su rabioso frenesí, olvidaban que hay hábitos tan arraigados en el corazón humano, que solo el trascurso de los siglos y los adelantos que nacen del comercio entre distintos pueblos pueden completamente destruir. Poco diremos de nuestra patria donde los romanos habían encontrado algunas simpatías, y su lengua, y con ella sus costumbres se habían adoptado sin vacilar; á pesar de esto, basta leer á Lucano para convencerse de que el genio español conservaba íntegra toda su originalidad. De entre los galos, de los cuales decía Ciceron que eran la fuerza del imperio romano y el ornato de su grandeza, de entre los galos que abandonaron fácilmente sus costumbres para trocarlas en las de grosero placer que se les ofrecían, vemos salir un Sacrovir, un Civilis y un Salino Vindex (1), que sin duda hubieran sacudido el ominoso yugo del conquistador, si sus conciudadanos embrutecidos ya, en lugar de secundarlos no les hubiesen abandonado á la venganza imperial.

Y si esto acaecía en aquellos pueblos donde los nietos de Rómulo habían tenido á bien plantear su dominación, ¿qué había de suceder con otros que, juzgados indignos de los «beneficios de la civilización y de los honores de la esclavitud» no habían hecho mas que visitar de paso, abandonándoles inmediatamente á su independencia ferroz? ¿Qué había de suceder con aquella comarca, cuyas desiertas playas, yermas llanuras y nebuloso cielo, nada ofrecían á su rapiña, nada presentaban á su brillante imaginación? Y si prescindiendo del recelo que aquellos frondosos bosques les inspiraban, y mas que estos el salvaje patriotismo de sus pobladores, se hubiesen aventurado á penetrar, ¿qué resultados podía ofrecerles un suelo sin habitantes, seguros como estaban de que estos, alentados por sus creencias religiosas, antes hubieran preferido darse la muerte que doblegarse al yugo extranjero que les arrebatara su libertad?

II.

Por esto si queremos encontrar una literatura virgen, una literatura que á la vuelta de muchos siglos conserva aun indeleble el sello de las ideas que precedieron á su formación, con su lenguaje, con sus flexiones primitivas, debemos verla en la POESÍA DE LOS BARDOS, de esos sencillos cantores que aun en el día (si bien con nombre distinto del que llevaron en la antigüedad), cuando en invierno cierra la nieve las puertas de las cabañas, refieren á los niños las baladas que aprendieron en su infancia, ó hacen resonar con sus cantos cuando llega el verano, los bosques de Tregués, los peñascos de Morven, ó el atrio de antigua catedral.

Mas antes diremos, que así como los druidas ó sacerdotes del culto de aquellos remotos pueblos, eran, como entre los egipcios, los depositarios de la ciencia y de todos los secretos de las artes, por cierto muy rudas aun, los BARDOS gozaban de cierta reputación que les daba un

lugar distinguido entre las principales gerarquías del Estado. Destinados á celebrar los altos hechos y peligrosas empresas de los héroes de su patria, conservando su memoria por medio de cantos guerreros, que animaban y exaltaban el valor de los combatientes antes de entrar en la pelea, debían estar en íntimo contacto con aquellos campeones que tan alto papel representaban en la nación. Y no es que formaran un cuerpo como los rapsodas de Homero, todo lo contrario: así como mas tarde en los tiempos de la caballería, no hubo pequeño baron que no tuviese su juglar (y cuéntese que ni aun remotamente tratamos de compararlos), no existió un solo rey, un solo jefe, que no tuviera en su corte un BARDO, mas honrado por su talento que los mismos señores por su poder. «Este BARDO era el conservador de las tradiciones heroicas, sus cantos se repetían en las fiestas, en los festines, en los combates, y sobre la tumba de los guerreros; con ellos daba á las virtudes y á las hazañas una gloria cuyo recuerdo se perpetuaba de edad en edad, á lo cual contribuía el ritmo musical de que iban acompañadas aquellas tiradas de versos, de los cuales bastaba se recitase el primero de una estancia para que vinieran á la memoria todos los demás.» Es de notar, sin embargo, que en tanto que en los cantos de los pueblos de la Scandinavia encontramos una poesía bárbara é irregular, propia para excitar á un pueblo ignorante, cruel, enemigo de toda civilización, y para el cual era el mayor goce apagar su sed en el ensangrentado cráneo del enemigo, en los que habitaban las altas montañas de la Caledonia, vemos que la ternura y la mas sensible delicadeza sustituyen á la barbarie y á la ferocidad.

III.

Las ocupaciones favoritas de los héroes celebrados por los BARDOS eran la guerra y la caza, así como la música y los festines constituían su única diversion; sus atenciones se dividían entre su lanza, su espada, su escudo y sus sabuesos: sin embargo, eran capaces de una generosidad que hace recordar involuntariamente los tiempos de la caballería. Fingal, padre de Ossian, del cual hablaremos mas adelante, es el constante apoyo del débil, el amparo del huérfano y el socorro del oprimido, tiende la mano al enemigo vencido, practica la hospitalidad y tributa las últimas honras á los que han sucumbido peleando contra él. Convencidos de que las almas de los muertos encontraban la mas dulce recompensa en los cantos de los BARDOS que celebraban su memoria, toda su ambición estribaba en merecerlos, y todos los esfuerzos de su vida se dirigían á obtenerlos despues de su muerte.

Fácilmente puede comprenderse, que en un pueblo en que así se honraba y cultivaba la poesía, los seres dotados de una sensibilidad profunda y exquisita, de un corazón abierto á todas las emociones, y de esta melancolía tierna y agradable que tan frecuentemente acompaña al genio, testigos además desde su primera edad de los acontecimientos mas propios para inflamar su imaginación y conmover su alma, desplegaran un sentimiento poético digno de la admiración de los siglos mas ilustrados en unos tiempos en que, por decirlo así, estaban sumidos en la barbarie.

«El canto fúnebre, dice M. H. Prat, tiene entre estos una importancia superior á lo que puede imaginarse. Los muertos que no han recibido este postrer homenaje, no pueden penetrar en las elevadas regiones del aire, y si solo sufrir horribles padecimientos en un lago tempestuoso y melítico. No puede decirse si es el alma de los muertos lo que padece, pues en todos los cantos de los bardos reina profunda oscuridad acerca del alma humana; podemos no obstante afirmar que es su sombra, pues en cuanto se concede á un héroe el canto fúnebre, se levanta aquella, y pueden verla entre parduscos celajes, sus amigos, parientes y demás que lo conocieron en vida... Una nube toma la forma del héroe que se llora, distínguese su cuerpo cubierto de luengo sudario, su macilenta figura blande todavía una lanza ó una espada formada de tenues vapores, y en los suspiros de la brisa oyen sus amargos lamentos; pero no tardan mucho en desvanecerse estas imágenes que aparecen generalmente en las circunstancias decisivas, pues siempre van á anunciar la muerte de un padre, de una esposa, ó de aquellos á quienes se aguarda, ó avisan á sus héroes favoritos los peligros que les amagan...»

Esta misma monotonía, ó si se quiere semejanza en los tipos de los héroes, se encuentra en las mujeres que nos presentan los BARDOS en sus poemas. Siempre constantes, sin faltar nunca á la fidelidad conyugal, bastan pocas palabras para pintar el papel que representan en los cantos de aquellos poetas. O vivamente apasionadas á la vista de un hermoso doncel, abandonan el hogar paterno vestidas de guerrero para seguir á su amado en medio de los combates, ó permanecen en su cabaña sin mas compañía que un tierno infante, fruto de su amor, aguardando impacientes el regreso de su marido á quien el ardor juvenil ha arrastrado en pos de los peligros de la caza y de la guerra. En el primer caso reciben de mano de su amado una herida mortal; el héroe renuncia su error, les abre una tumba que riega con sus lágrimas, y les hace cantar un himno de gloria. En el segundo, en tanto que acariciando á su hijo, aguarda con la mas viva ansiedad, oyen entre las ráfagas de cruda noche de invierno un ruido sordo, que les hace creer si será su marido que regresa; entreganse á la mas loca alegría, abren la puerta de la choza llevando en brazos á su hijo, y solo ven entre negros celajes la blanca sombra del esposo que acaba de morir. Mortal palidez cubre el semblante de la pobre viuda, é inmediatamente expira de dolor.

IV.

Efectivamente hay poca variedad en esta poesía, no pueden encontrarse en ella esas imágenes brillantes, esas comparaciones atrevidas, ese lenguaje vivo y animado que tanto dicen á una calorada imaginación; mas el que quiera impregnarse de esta celestial melancolía que tan grata es á las almas sensibles; el que quiera gozarse en las apacibles llanuras y floridos valles de la antigua Caledonia; el que quiera oír desde sus elevadas cimas y al través de la espesa bruma el sordo mugido de las olas que lamen la lejana playa, coja las poesías de los BARDOS, y en el sol que melancólicamente alumbraba aquel suelo, en las dilatadas praderas do se apacientan los rebaños, en los pinos que débilmente sombrean los desnudos peñascos, en los estrepitosos torrentes, en los tranquilos lagos, en la nieve que cubre los techos de las cabañas, encontrará suave bálsamo para las heridas de su corazón.

Esto sentado, pasemos á comprobarlo por medio de alguna de las mas bellas de sus composiciones.

V.

Cuéntase que á principios del reinado de Luis XVI corrían las aldeas de Bretaña dos bateleros franceses que poseían un orangutan de elevada estatura, con el cual pensaban crearse una fortuna enseñándolo á los habitantes de los arrabales de París; pero su suerte lo quiso de otro modo, y el animal murió cuando iban á emprender el viaje. La situación de los saltimbanquis en aquel trance puede comprenderla todo aquel que ha visto de pronto y por un acontecimiento inesperado venirse al suelo el pedestal de sus mas doradas ilusiones. Tristes pues y cabizbajos regresaban á su hogar, cuando en la vecina ribera vieron á un hombre profundamente dormido y ridículamente ataviado: era un aldeano breton que en las bodas de un su paisano había hecho repetidas libaciones á la salud de ambos esposos. Verlo y concebir los bateleros el mismo proyecto, fué obra de un instante: apoderáronse pues del desgraciado breton, y le hicieron sustituir en una jaula de hierro el lugar que ocupara el orangutan. Júzguese cuál sería la desesperación del cautivo, cuando al volver en sí, se vió arrebatado á su patria y encerrado en cuatro paredes, ante las cuales se estrellaban sus mas poderosos esfuerzos; mas los infames raptoros, atentos solo á la pingüe ganancia que podría reportarlos la exhibición en la capital de la Francia de un hombre de la naturaleza encontrado en los bosques del Nuevo Mundo y al cual no habían logrado civilizar todas las tentativas practicadas, permanecían sordos á las dolorosas quejas de aquel desgraciado, expresadas en un lenguaje que no podían comprender. El éxito sobrepusó á las esperanzas de los bateleros, y el asunto de todas las conversaciones de París era el hombre de la naturaleza cuyo idioma en nada se parecía á los que hasta entonces se habían oído hablar. Pero cuando la admiración llegó á su mas alto grado, fué al oír una canción, triste por cierto, que entonó el desgraciado cautivo: la curiosidad se hizo entonces general, y á ella pagó tributo M. Lenoir, subinspector de policía en aquella sazón. Dadas las oportunas órdenes á los bateleros, y convidada al efecto una reunion escogida, presentóse el hombre de la naturaleza ante aquel concurso en cuyos ojos leyó compasión. Entonces acordándose de un canto de su país (el canto de las almas), lo entonó derramando copiosas lágrimas, y al oír estas palabras con que termina: «En otro tiempo, cuando vivíamos, teníamos amigos y parientes; hoy que hemos muerto, nada nos queda ya. En nombre de Dios socorrednos, y rogad á la benditísima Virgen que derrame una gota de su preciosa leche sobre las pobres almas que están en pena,» los concurrentes todos se sintieron profundamente conmovidos. El duque d'Aiguillon, que había estado de gobernador en Bretaña se acordó del canto de las almas, que tantas veces había oído cantar, dirigióse al breton, supo cuanto había ocurrido, castigó á los marineros, y lleno de ricos presentes se condujo á aquel desgraciado á su país natal.

Esto que, si non é vero é ben trovato, demuestra cumplidamente cuán desconocida debía ser la literatura bretona cuando ni aun se comprendía el lenguaje en que se expresaba.

VI.

Y en efecto por mucho tiempo hubiera permanecido aun ignorada, si un suceso inesperado no la hubiera venido á revelar á los sabios de Europa.

Un jóven, llamado Magherson, acababa de salir del colegio de Aberdeen, y contando con escasos medios, publicó dos poemas, *the Mort* y *the Highlander* (el Montañés), que solo bastaron para convencerle tristemente de que la naturaleza no le había concedido las dotes de poeta. En vista de su pobre genio, dedicóse á coleccionar los fragmentos de poesía que oyera cantar en las montañas de Escocia, para dar mas tarde de ellos una traducción en inglés. Por demás es encarecer la revolución que causó este libro en la república de las letras. Los críticos ingleses, Johnson particularmente, negaron la autenticidad de esos poemas, atribuyéndoselos al colector que tan reciente prueba acababa de dar de su incapacidad poética: la lucha se hizo general, y duraría aun probablemente entre MM. Ampere y Villemain, si la muerte no hubiera arrebatado á aquel en medio de sus curiosas y profundas investigaciones. Sea como quiera, las poesías de Ossian se dieron á luz, y para nosotros basta estudiar su espíritu, tendencias, bellezas y defectos, y mas que todo observar lo rezagados que han quedado cuantos le han querido imitar, para convencernos de su indudable autenticidad.

(1) Véanse las *Noches de Roma*, de M. Jules de Saint-Felix.

Mas así como no las creemos obra de un autor moderno, tampoco podemos convenir en que todas se deban á Ossian; creemos mas bien, que la coleccion que lleva este nombre, está formada con las mejores composiciones de aquellos BARDOS cuya ocupacion era celebrar los hechos de los héroes que por sus bellas cualidades se han transmitido de generacion en generacion entre los montañeses de Escocia, y que toda la nombradía de estos poetas ha venido á refundirse en Ossian, que segun sus mismas poesías, debia vivir á fines del segundo ó principios del tercer siglo de la era cristiana (1).

VII.

Pero ¿era Ossian, uno de esos BARDOS que acompañándose con el arpa cantaban los hechos de poderoso héroe en la mesa del festin, ó entonando el bardito guerrero, guiaban al combate á los jóvenes de su patria? ¿Era uno de esos BARDOS de los cuales descendian aun los pobres cantores de nuestros dias, que recorrian las aldeas cantando baladas, ó entonaban el canto fúnebre sobre el sepulcro de los héroes? No, que hijo de Fingol, rey de Morven, solo cantaba los lances de que era testigo, ó en los cuales habia tomado parte; no, que solo descolgaba el arpa cuando cansado de pelear desceñia la espada; no, que el ejercicio de poeta, cual á muchos de los cantores de nuestro suelo, solo le servia para dar treguas al ardor militar.

VIII.

Los dos grandes caracteres de la poesia ossiánica son la ternura y la sublimidad; sus personajes tienen siempre un carácter noble y severo, imponente y solemne. Una dilatada llanura que se extiende junto á la ribera del mar, un torrente que se precipita al través de un valle solitario, las encinas hendidas por el rayo ó agitadas por los huracanes, ó la tumba de un guerrero cubierta de musgo, tales son los lugares donde se representan las escenas que refiere, y estas imágenes, llenas de un color profundamente verdadero, penetran con una emoción, ora dulce, ora terrible, de la cual es imposible defenderse. La poesia de Ossian habla directamente al corazón, y no puede menos cuando todos los asuntos que trata son apasionados ó tiernos; pues tan pronto hacen latir su corazón ó resonar su arpa los combates en que ha tomado parte, como la mujer que ha amado, ó los amigos que ha perdido. «¿Qué voz es esta, exclama, que hiere los oídos de Ossian y despierta su alma dormida? Es la voz de los tiempos pasados; pasan ante mis ojos y me enseñan los hombres y sus acciones.» Entonces canta, y lo que ve, lo que describe, parece renacer bajo su inspirado acento. Cuanto tiene el valor de grande y generoso, cuanto hay en el amor de tierno y apasionado, cuanto hay en la amistad de dulce y profundo y tienen las afecciones de la naturaleza de grato y apacible, se sucede en los cantos como se sucede en el alma de Ossian.

Citaremos desde luego un poemita de este BARDO, que tiene por objeto la descripción de un combate entre un padre y un hijo que nose conocen.

IX.

Clessamor es el padre de un joven héroe que se llama Carthon. «Clessamor se levanta, sacude su cabellera gris, coloca á su lado el escudo, y marcha decididamente en busca del enemigo. Carthon se detiene sobre una roca coronada de niebla, y contempla la marcha del héroe; se complace al ver la terrible alegría que anima su rostro, y la fuerza que se adivina bajo sus cabellos encanecidos por la vejez. ¿Blandiré esta lanza que jamás ha debido herir dos veces, ó prolongaré la vida de ese anciano dirigiéndole palabras de paz? Su marcha es imponente, y su ancianidad inspira respeto. Si fuera el esposo de Moira, el padre de Carthon... Muchas veces he oido decir que habitaba en las márgenes del Lora.»

«Así hablaba Carthon cuando Clessamor se dirige hacia él enristrada la lanza.»

«El joven guerrero ha parado el golpe en el escudo. Héroe de la blanca cabellera, dice entonces á Clessamor, ¿no tiene Morven un guerrero mas joven que pueda combatir? ¿No tienes un hijo que á la par que te cubra con su escudo, pueda medirse conmigo? ¿No existe tu esposa querida, ó llora quizás sobre la tumba de sus niños? Tú ocupas el lugar de los reyes, y ¿qué gloria le espera á mi espada si te da la muerte?»

«Grande será, yo te lo juro, y bástete mi palabra; me he distinguido en los combates; pero jamás he revelado mi nombre á enemigo alguno. Declárate vengido, y entonces sabrás que mi brazo ha sembrado la muerte en mas de un campo de batalla.»

«Nunca, dijo entonces el hijo de Balkluta. He sostenido memorables asaltos, y aun me tiene reservada mucha gloria el porvenir. No desprecio mi juventud. Mi brazo y mi lanza han triunfado de poderosos adversarios. Créeme, anciano, retírate al lado de tus amigos: no son para tu edad los combates.»

«¿Porqué me insultas? dijo Clessamor, dejando rodar una lágrima por sus secas mejillas. La edad no hace aun temblar mi mano. Todavía puedo levantar la espada de mis mayores... ¡Huir yo! ¿Qué diría de mi Fingal? ¿Qué diría el héroe á quien admiro? No, joven extranjero, jamás he huido: enristra tu lanza, y defiéndete ya.»

«Los dos héroes pelearon: Carthon, haciendo por desviar sus golpes, paraba los que le dirigia el viejo. Siempre creía tener ante sus ojos al esposo de Moira, parte

(1) Véase Chateaubriand, *Estudios históricos*.

Se conserva un poema de Ossian en el cual celebra los hechos de su padre Fingal contra Caracul, que no es otro que Caracalla, hijo del emperador Severo, cuyas armas fueron vencidas en el año 211 al emprender la conquista de Caldonia.

en dos la lanza de Clessamor, y le inutiliza la espada; pero Clessamor echa mano al puñal de sus mayores, y lo hunde en el costado de su joven enemigo (1).»

Este pequeño poema, en el cual brillan todos los caracteres que antes hemos señalado como distintivos de la poesia de Ossian, termina por una invocacion al sol, que da una idea de cuánto hubiera podido esperarse de este poeta si antes de cegar hubiera visto como Homero, el hermoso astro que ilumina en Grecia los fértiles valles de Tenycé. Héla ahí:

«¿Oh tú, que giras en torno de nosotros resplandeciente como el broquel de mis padres! ¿de dó vienen tus rayos, oh hermoso sol? ¿De dónde nace tu luz eterna? Tú adelantas con bella majestad, y las estrellas se retiran á los confines del cielo, y la luna, pálida y fria, se sumerge en los abismos del Occidente, ¡solo tú sigues tu marcha triunfal! ¡Oh cuán dichoso sería si pudiese seguir tu curso! Las encinas de los montes caen, los mismos montes se derrumban por el peso de los años, la luna se pierde en la inmensidad del espacio; pero tú, solo tú eres siempre el mismo, solo tú sigues constantemente tu carrera, brillando siempre con igual esplendor. Cuando la borrasca ha extendido su manto oscuro sobre el mundo, cuando retumba el trueno y vuela el rayo, cuando muge el huracan, apareces en toda tu belleza entre las nubes y te ries de la tempestad... ¡Ay! en vano brillas para el pobre Ossian; en vano fulguran tus rayos, ora extiendas tu dorada cabellera sobre las nubes de Oriente, ora luzcas con tembloroso brillo al sepultarte en la region occidental. Pero quizás tambien, como en mí, tendrán un término tus años: quizás tambien como yo, no tendrá tu vida mas que una estacion; quizás debes dormirte un dia en el seno de las nubes, y ¡ay! no te despertará mas la voz de la mañana.»

Las proporciones que ha tomado nuestro artículo, nos impiden por hoy pasar adelante en el estudio de Ossian, en otra ocasion, á la par que terminaremos este, nos ocuparemos en el de otros bardos, cuyas composiciones, si bien menos conocidas, tienen indudablemente tanta importancia como las de aquel.

CAYETANO VIDAL.

El faro de Málaga.

POESIA LEIDA EN UNA DE LAS REUNIONES LITERARIAS DEL SEÑOR CRUZADA VILLAMIL.

Todo huyó: todo fué: pasa un momento,
Llega el siguiente, y el dolor tan solo
Con su amarga lazada es quien los une.

QUINTANA.

¡Adios, Málaga, adios! El ascua de oro
De tu brillante faro,
Luce lejana á intervalos... Cual ave
Que hacia el Africa vuela
Y el ala inclina por besar las olas,
Aligera la nave
Abandona las playas españolas
Cortando el ancho mar á toda vela.
¡Costas meridionales,
Nuncios del bien en la apacible orilla,
Campos risueños y en riqueza tales
Que la gloria de Dios ¡oh maravilla!
Viértese allí á raudales!

La luna brilla espléndida; el ambiente,
Cargado de suavísimos aromas,
Baña mi sien enardecida... Entonces
El marino salvaje
Canta con voz monótona, al doliente
Y desgarrado son del oleaje;
Son que repite en bárbaro remedo
Ese canto, esa extraña melodía,
Ese lloro continuo
Que hacia la patria un desdichado envía
Sin que llegue jamás á su destino.
¡Canta el pobre á sus lares,
A su pasión primera,
Que aunque arrostra sereno los azares
Morir tranquilo en su cabaña espera!

Aire, y espacio, y soledad... ¡oh cuánto
A meditar convidan
Las vagas sombras de la noche inerme,
La calma quejumbrosa de los mares,
El misterioso encanto
Del pensamiento, que por fin se aduerme,
Con el tibio calor de otros lugares
En que gusto dulzuras.

Desde cubierta miro
Borrarse en las olímpicas alturas
¡Oh ruda pena mía!
Las cimas postrimeras
Del soberbio feston de cordilleras
Que circunda el jardín de Andalucía.

Fijos, fijos mis ojos
Allí, en la luz distante,
Mustia la faz de enojos
Y palpitando, y comprimido, y lleno

(1) No insertamos el final de este poema, que es igual al de un pasaje de los *Niebelungen*, igual tambien al de otro del libro de los héroes del poeta persa Ferdusi (*), y por último muy parecido al del canto de Hildebrand, publicado por M. Grimm. Este último termina así: «Tu nombre ó tu vida, dijo el anciano precipitándose sobre Alebrand, (el Carthon, ó el hijo en el poema de Ossian). — ¿Qué me importa la vida si he sido vencido por un anciano? — Si quieres conservarla dime si eres mi hijo, y reconoce en mí á tu desgraciado padre. — Entonces se levantaron ambos, abrazáronse con alegría, y montando á caballo (**) regresan á Verona. La esposa de Hildebrand pregunta á su hijo quién le ha herido. — No debo avergonzarme de haber recibido esta herida, puesto que se la debo á mi padre, al señor de Hildebrand.

(*) De estos dos ha dado una traducción el malhadado M. Ampere.

(**) En este poema Alebrand monta un fogoso corcel.

De amargura sin fin el pecho amante,
Conozco que si vivo es porque peno.

Y es que entre mis dolores,
El recuerdo querido
De esa region de flores,
Aun regalan mi oído
Sus orientales músicas de amores.

Eden, donde una huri vierte consuelo,
Tal vez en esa tierra
Que custodian los ángeles del cielo
Mi ansiada paz se encierra.
Por eso, Andalucía,
Al pronunciar tu nombre conmovido,
Toda una historia de placer y duelo
Palpita en mi exaltada fantasía;
Que para mí tú has sido
Sensible y generosa,
Segunda patria, enamorada esposa,
Regalado tesoro,
Riquísimo embeleso
Que en la caliente atmósfera que aspiro
Deja rodar sonoro

El eco dulce de su dulce beso.
¡Cuán bien yo te adoraba!
¡Cuán bien tú me querías!
Si yo en tu boca de azahar moraba,
Tú en mi abrasado corazón vivías.

El ígneo sol que iluminó la mente
Del bardo aventurero,
Fué tu mirada celestial riente,
De la ventura al fin el sol primero;
Cuando al surgir la inspiracion potente
Desde tu extensa zona,
Alza el genio su frente
Ceñida de magnífica corona.

Del Parnaso á la cumbre
Quise subir, en alas
De la ambicion de un pensamiento oculto;
Mas al sentir magnética esa lumbre
De tu divino abrazo,
Durmiose el alma en perezoso culto
Sobre el lecho feliz de tu regazo.

Como la trinitaria
Crece en campo de rosas y azucenas,
Así la gratitud ¡almo atributo!
Nace en las almas buenas.
Y esa planta, jamás al bien contraria,
Cuyo sabroso fruto
Recoge solamente
Quien al embate mundanal resiste
Con poderoso brio;
Esa flor, que es de Dios rico presente,
Dentro, aquí dentro de mi pecho existe.

Símbolo de pureza
Su aroma es mi tristeza,
Mi llanto su rocío...
Si el amor verdadero es siempre triste,
¿No llora el triste por tener consuelo?
El llanto y el amor vienen del cielo.

¿Y no es así? Entre lágrimas amando
El alma afligida
Se siente ya desfallecer, dejando
Con el postrer reflejo
Del faro que en las sombras se sepulta,
Apagarse otra luz: — la de mi vida.

Cual ardiente oracion ¡quizá postrera!
Oye mi despedida
Tristísima y sincera;
Oyela tú y ¡adios! seno de flores,
Cuya corola blanca
Abre un ángel de amores...
Alma de un alma que de tí se arranca
¡Oh bella Andalucía!
Tú mis ensueños con el bien recreas;
Tú, bendita de Dios, amada mía,
Con mi beso de amor ¡bendita seas!

MANUEL DE LLANO Y PERSI.

Exposicion anual

DE LOS ARTISTAS FRANCESES CONTEMPORÁNEOS EN
EL PALACIO DE LA INDUSTRIA.

La exposicion de pinturas del año 1857 se abrió el lunes 15 de junio á las doce del dia y se cerrará el 15 de agosto. Esta exposicion ocupa principalmente en el palacio de la Industria, el primer piso de la galería paralela á la avenida de los Campos Elíscos. La galería se ha dividido en ocho salones cuadrados, cubiertos con techos ligeros para amortiguar los rayos de la luz que bajan en abundancia por la techumbre superior de cristales. Las pinturas que no han podido hallar sitio en esos salones han sido repartidas por las extremidades. Los dibujos, los grabados y las obras de los arquitectos están en las galerías cortas sobre la nave principal del edificio. Las estatuas se hallan diseminadas en el jardín que ocupa provisionalmente la nave, y algunas, así como los bustos, en las galerías del piso principal.

El catálogo contiene 3474 números, de ellos 2715 para la pintura y 428 para la escultura; los restantes pertenecen al grabado, la litografía y la arquitectura. Hoy nos abstendremos de todo detalle sobre esta exposicion á la que pensamos consagrar una serie de artículos con sus dibujos correspondientes. No obstante, para decir algo desde luego sobre la impresion general que en nosotros ha producido á la primera ojeada, consignaremos aquí que la exposicion de 1857, donde brillan solo por su ausencia los señores Ingres, Delacroix, Decamps, Leon Cogniet, Scheffer, etc., no nos parece destinada á figurar entre las exposiciones importantes que ha habido en Paris, y que han dejado grandes recuerdos entre los aficionados. El nivel general no está á una grande altura, y su valor debe buscarse principalmente en los géneros secundarios. Esto trataremos de hacer en los próximos números de este periódico. J. D. P.



Exposicion de pintura y escultura de 1857. — El salon principal en la galeria del palacio de la Industria.

A. COHEN



Expedicion contra la Kabilia. — El bordj de Tizi-Uzu.

Noiones históricas sobre la Kabilia.

TIZI-UZU.

El origen del pueblo kabila data de tiempos bastante remotos y todavía no se halla fijado de un modo cierto. Bajo el punto de vista físico, el kabila difiere sensiblemente del árabe; su idioma es otro; no observa estrictamente la religión musulmana como culto y menos como ley civil. Si además se considera que el mismo pueblo, con ligeras diferencias, se halla en todos los puntos donde los habitantes del país han podido hallar un asilo en el momento de las invasiones, puede suponerse que en cierta época debió ocupar la llanura y no la montaña.

Su historia, si es que un día puede hacerse de un modo preciso, arrojará sin duda nueva luz sobre los sucesos que siguieron á la ocupacion romana en el Norte del Africa. El objeto de esta noticia no es tan ambicioso. Nos propone-



Mezquita rodeada de tumbas en la cumbre del Djebel-Bellua.

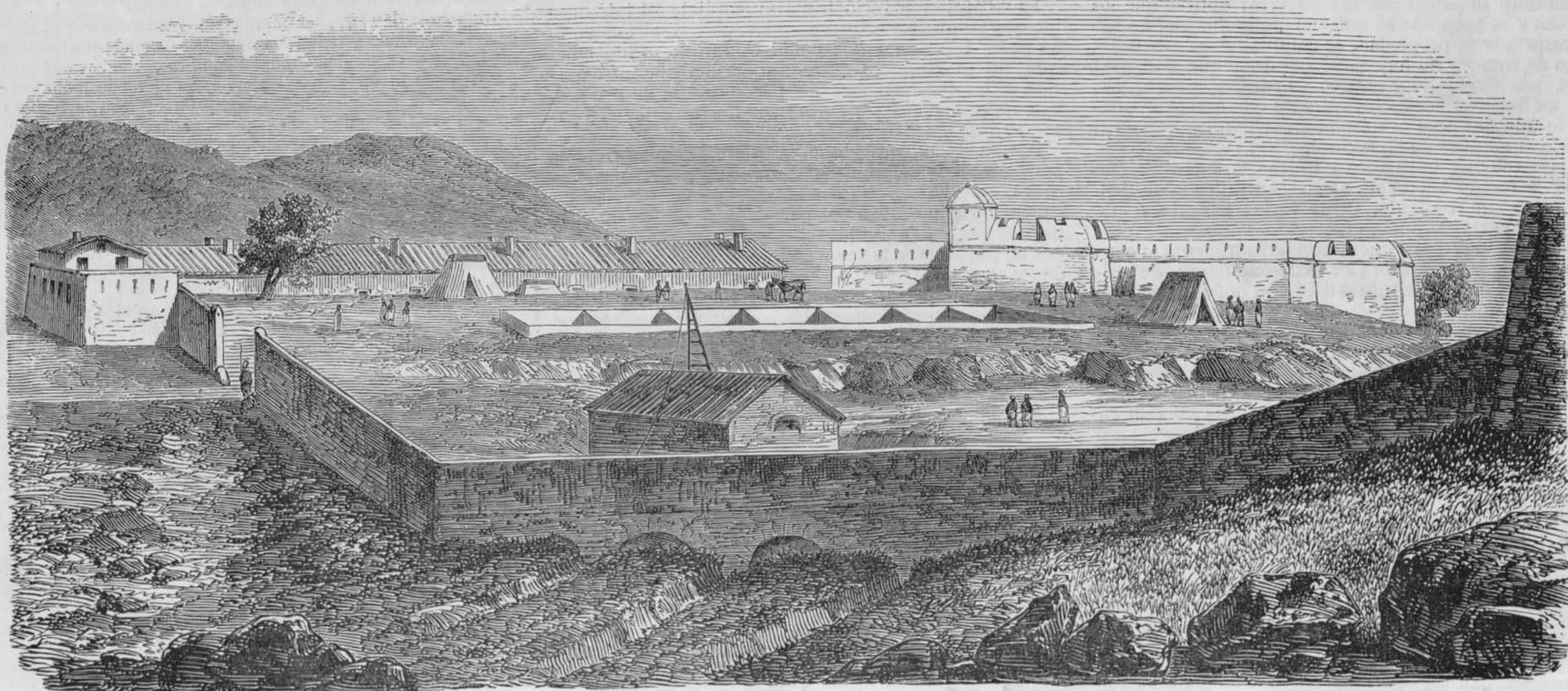
mos únicamente dar algunos detalles históricos sobre el bordj de Tizi-Uzu, ocupado antiguamente por los turcos, y que sirve hoy de base de operaciones á las columnas francesas victoriosas.

A mediados del siglo XVI los turcos no habian penetrado todavía en el valle de los Amarauas; el país se hallaba en una completa independencia.

Dice la historia que la direccion general de los negocios se hallaba en manos de un morabito, Si-Ameur-el-Cadi, apellidado Bu-Khetuche, el hombre de la lanza, que habia venido del Este y se habia establecido en Temgut, el pico mas alto de la montaña que se extiende á lo largo del mar de Dellys á Bugia.

El morabito debió su posicion en el valle de los Amarauas á una grande influencia religiosa que habia sabido crearse por su saber y tambien por algunos milagros.

Se cuenta que ya en aquel tiempo el kabila se resistia á pagar la contri-



Vista del antiguo fuerte de los turcos y de las construcciones nuevas del bordj de Tizi-Uzu.

bucion y á obedecer; sobre esto tenemos la anécdota siguiente:

« Bu-Khetuche, dice la crónica, tenía un elefante que comía una carga de habas por día; este apetito era un peso para los kabilas llamados á satisfacerle, y resolvieron quejarse. Pero Bu-Khetuche era temido, y así el de la diputación que debía hablar no pudo articular mas que la palabra... elefante. Cuando el morabito mirándole fijamente le suplicó que continuara, el kabila dominado por el miedo, no se atrevió á concluir su primer pensamiento.

« — ¡Oh! señor, le dijo, ¿cómo es que no teneis mas que un elefante en vez de tener dos.

» Bu-Khetuche respondió:

« — No tengáis cuidado, mis buenos servidores, quedareis satisfechos.

» Pero en breve sobrevinieron desórdenes... »

El narrador no se olvida nunca de añadir que la carga de habas era la contribución; el elefante y su amo, el fisco y el poder, cosas á que el kabila ha declarado siempre la guerra.

A la muerte de Bu-Khetuche aun no se había restablecido el sosiego; habíanse formado dos grandes partidos: los thata y los fuaga (los de abajo del valle y los de arriba). Esta división ha desempeñado un gran papel en el país aun despues de la llegada de los franceses.

A pesar de estas circunstancias desventajosas, el hijo de Si-Ameur, Sid-Hamed-el-Tunsi (el tunecino), llamado también Bu-Khetuche, logró recobrar cierta influencia sobre las poblaciones; quiso asegurar su autoridad, y con este fin mandó elevar un bordj (especie de fuerte) cuyas ruinas se ven aun al lado de la smala de los Tizi-Uzu, sobre un cerro llamado Bordj-el-Ahmer (el fuerte rojo).

Sin embargo, los turcos ganaban terreno, lentamente sin duda, hacia el corazón de la Kabilia siguiendo los valles.

De los Issers penetraron en el rio de los Amarauas, en su parte inferior donde lleva el nombre de Ued-Nessa. Allí edificaron un primer bordj en Merissa, y luego elevaron otro en una posición fuerte á la orilla del rio, que llegó á ser luego el centro del mando que los conquistadores organizaron en el país.

Las primeras tropas de ocupación fueron suministradas por el bey de Tittery, Medeah, y hasta mucho despues el Sebau no dependió directamente de Argel.

A fines del siglo XVI vinieron á las manos los turcos con Bu-Khetuche en las cercanías de Tizi-Uzu.

Las primeras luchas tuvieron lugar en las orillas del Ued-Bu-Dura en el sitio en que Ali-Khodja que mandaba los turcos, fundó luego un mercado que llevó su nombre. Este mercado se aproximó despues á Tizi-Uzu, y hasta los últimos tiempos había conservado el nombre de su fundador.

Bu-Khetuche debió ceder terreno en la llanura.

Entonces para asegurar su conquista Ali-Khodja edificó delante de Tizi-Uzu en la orilla derecha del Sebau, un bordj que recibió el nombre de Tazzat, donde dejó una guarnición que por razones que ya diremos no pudo conservarle.

Hassein sucedió á Ali-Khodja su padre en calidad de caid del Sebau. Su historia no presenta hechos notables.

Por la misma época era el bey de Medeah un hombre de la misma familia, el propio sobrino de Hassein. Este jefe que en su juventud había hecho estudios con los Beni-Raten y que por consiguiente conocía perfectamente el país, se esforzó al llegar al poder por extender su dominación en la Kabilia.

Cuentan que habiendo reunido fuerzas considerables logró un día hacer una razzia sobre un morabito importante de los Beni-Raten, Si-Asklaui cuya Kubba blanca se distingue aun en los flancos de la montaña. Pero el morabito se vengó con un milagro: obtuvo que los cabellos y el pecho de su antiguo discípulo, que no había respetado su propiedad, se cambiasen en cabellos y pecho de mujer. No hay para que decir que Mohamed (el bey) se arrepintió y obtuvo su perdón, aunque despues de haber devuelto los ganados que arrebató, añadiendo una hermosa propiedad en la llanura que lleva todavía el nombre de Si-Asklaui.

A pesar de este descalabro y quizás para desquitarse, el bey Mohamed volvió sus armas contra los Beni-Djenned, pero sin resultado. Otras varias tentativas que hizo contra otras tribus no fueron mas felices.

Todos estos reveses aumentaron naturalmente la confianza de los kabilas, que á su vez acometieron, de manera que en breve los turcos debieron defenderse en el bordj de Tazzat.

Las dificultades que experimentaron para socorrer la fortaleza y abastecerla, y varias desgracias ocurridas entre la guarnición, demostraron de un modo evidente que aquella ocupación había adelantado demasiado sin estar bien defendida por el bordj Sebau; se resolvió su abandono.

El bey eligió para construir otro fuerte una excelente posición militar á unos ocho kilómetros detrás del fuerte del antiguo bordj El-Ahmer, en el punto llamado de Tizi-Uzu (garganta de las Retamas).

Esta nueva posición presentaba la doble ventaja de hallarse bien al abrigo de los insultos de los kabilas y de dominar una porción de comunicaciones.

La construcción del bordj de Tizi-Uzu se hizo con mas esmero que la del bordj de Tazzat; el fuerte quedó armado con diez cañones de grueso calibre. Estas piezas desembarcadas en Delys fueron arrastradas por la arena hasta Tizi-Uzu por las poblaciones, con cuerdas y rodillos de madera. Un piso bajo servía de alojamiento á

la tropa; el oficial tenía un aposento sobre la puerta de entrada. El terrado del piso bajo sostenido por bóvedas sólidamente establecidas, formaba una plataforma detrás de los muros almenados; una vasta cisterna podía suministrar agua á la guarnición durante muchos meses en caso de sitio. Había además en el interior un molino de viento y un horno para el pan.

La guarnición no era numerosa; por lo cual solo tenía el encargo de guardar el fuerte, y en ninguna circunstancia tomaba parte en las expediciones que podían tener lugar contra los kabilas. Componíase de tres seffare de 25 hombres cada una, mandadas por un agha, dependiendo directamente del Bach-Agha comandante de las tropas de Argel, y se cambiaba todos los años. Sus cuadros eran numerosos y la organización del destacamento se hallaba muy bien entendida.

El destacamento sacaba los víveres del bordj Sebau; consistían en trigo, dos carneros por semana y una porción de jabón todos los meses. La paga ascendía á seis pesos mensuales.

Concluida esta nueva instalación, el bey Mohamed quiso probar aun la suerte de las armas contra los Beni-Raten; pero no fué mas dichoso que en sus anteriores empresas contra esa tribu, y halló la muerte en un combate en Tala-Amara.

Desde entonces los turcos no hicieron progresos en el país; todas sus tentativas para penetrar en las montañas fueron inútiles.

No entraremos en la enumeración de las sublevaciones, luchas y golpes de mano que tuvieron lugar bajo los caides Brahim, Hamed, Osman, Uznadji, Hadj-Hassen y otros diez que se sucedieron hasta 1714, época en que el agha Mustafá fué deshecho en los Uled-Aissa-Mimum.

Desde aquel momento la familia de los Uled-Kassi ligada ya para siempre con la historia de la Kabilia, principia á figurar de un modo importante.

Said-Kassi desbarató en 1799 una intentona de los turcos contra Aqandj de los Beni-Uaguenum.

En 1809 su hijo Mohamed-Kassi batió al célebre agha Yahia en Makuda.

Estos triunfos dieron á la familia mucha preponderancia. Los turcos resolvieron aniquilarla con la pérdida de Mohamed-Kassi; todos sus hijos eran pequeños y creían que en muchos años no podrían vengar la muerte de su padre.

El caid El-Hadj-Ismael que mandaba en Bordj-Sebau quiso armarle un lazo; pero sus intenciones fueron sospechosas al jefe kabila que durante mucho tiempo logró evitar toda ocasión de encontrarse con su enemigo. Para comprometerle se necesitó provocar una circunstancia de guerra á la que no pudiera sustraerse bajo pena de perder su reputación y declararse en rebeldía.

El jefe turco hablaba hacia tiempo de la insumisión de varias tribus del Hamza, y anunciaba que muy pronto se vería en la obligación de imponerlas un castigo que, segun la costumbre, debía consistir en arrebatárles sus ganados con algunos prisioneros.

Un día pues, convocó á todos los jefes y á todos los jinetes citándolos en el bordj-Sebau, desde donde debían marchar para sorprender al enemigo.

Bel-Kassem aunque prevenía la suerte que le esperaba, y á pesar de los consejos de sus amigos, quiso asistir á la cita; el agha Allel que existe aun, quiso detenerle ó al menos impedirle que subiera al bordj á rendir sus homenajes al caid como se practicaba, aceptando al mismo tiempo la hospitalidad que en tales ocasiones ofrecía este á los grandes jefes del país.

Bel-Kassem no podía dudar de su destino, pero resolvió vengarse antes de sucumbir; así, contra el uso recibido, en vez de desarmarse completamente antes de penetrar en los aposentos del caid, ocultó una pistola bajo el capuchon de su albornoz.

La recepción pareció franca y cordial; dirigiéronse los cumplimientos acostumbrados, pero en el momento de pasar á la sala donde debía sentarse á la mesa del caid, un movimiento entre los chauchs, la introducción de algunas personas que por lo comun no penetraban en los aposentos interiores, indicaron que iba á pasar algo de extraordinario.

Por fin el caid turco tomó la palabra, y sus primeras palabras ya no dejaron duda sobre sus intenciones hostiles respecto de uno de sus convidados; Bel-Kassem sin vacilar tomó entonces su arma y mató casi á quemarropa al que había jurado su pérdida; pero él mismo y dos de sus amigos cayeron casi al punto bajo los golpes de los chauchs.

La noticia de este suceso se esparció pronto, y los hijos de Bel-Kassem aconsejados por algunos amigos que sabían que la venganza de los turcos no se haría esperar, se refugiaron entre los Beni-Raten.

El dey de Argel ordenó en efecto, las medidas mas severas; pusieron precio á la cabeza de los hijos; los Beni-Raten recibieron orden de entregarlos y su madre fué casada con un simple criado de su casa.

Los Beni-Raten no quisieron entregar los niños refugiados en sus montañas, y prefirieron sufrir las consecuencias de un bloqueo y de medidas severas hasta la crueldad.

Los hijos de Bel-Kassem crecieron entre tanto, y ayudados por sus parientes y contando con la inviolabilidad del territorio kabila, tomaron la ofensiva, y para desafiar á los turcos mataron al marido que estos habían dado á su madre.

La ira de los turcos se cambió en furor, los actos de rigor se multiplicaron y se extendieron por todo el país kabila, tanto que la sublevación se hizo casi general y que el gran morabito Ben-Zamun á quien obedecía en-

tonces la tribu importante de los Flissat-um-Ellil se declaró en insurrección.

Los turcos comprendieron entonces que era preciso ceder, pues no podían luchar contra las poblaciones alzadas en masa, y acordaron la gracia á los hijos de Bel-Kassem.

En 1824 el agha Yahia venció en un ataque contra los Uled-Said, fracción de los Beni-Uaguenum; pero fué derrotado en una tentativa contra los Beni-Djenned.

A la llegada de los franceses á Argel, la nuba y el caid evacuaron los bordjs que fueron saqueados por los kabilas; pero estas posiciones de nada les sirvieron cuando las tropas se presentaron en el valle; muchas veces las columnas francesas las visitaron, pero hasta 1831 no ocuparon el bordj de Tizi-Uzu, al que añadieron luego nuevas construcciones; en el día es un establecimiento en pleno desarrollo que pronto tendrá una gran importancia agrícola y comercial.

El conjunto del bordj turco y las nuevas construcciones constituye un sólido establecimiento militar que es la llave del valle del Sebau; pueden instalarse allí mil hombres, con sus depósitos de víveres, polvorin, hospitales, etc. Todas estas obras se elevaron sobre uno de los puntos culminantes de la garganta, y sobre la garganta misma se descubre como por encanto la aldea propiamente dicha; las dos partes en que se dividen las construcciones se hallan reunidas por el jardín de los Zuavos. El celo de la autoridad superior ha favorecido la pronta y sólida instalación de los colonos, que gracias á sus obras ejecutadas ya, podrán el año próximo hallarse al abrigo del invierno mas rigoroso.

Bajo el cañon de la plaza se pone todos los sábados el mercado del Sebt, muy frecuentado y bien provisto de todo lo que puede interesar á las poblaciones contiguas: caballos, mulas, telas, armas, hierros, lanas, cueros, etc.; todo se encuentra allí, hasta los espejitos del judío ambulante. El cerro de Tizi-Uzu es tan pelado como todos los que se ven en la llanura del Sebau hasta el Djebel-Faraun. Ni un árbol, ni un arbusto; de trecho en trecho algunas matas, pero en cambio se eleva majestuosamente el montecillo de Djebel-Bellua entre Tizi-Uzu y el Sebau, como para proteger el fuerte contra los vientos del Norte. Sus flancos cubiertos de vegetación son agradables á la vista cansada de la monotonía del valle; la rica y vasta smala de los Tizi-Uzu extiende sus muchos gurbis en las primeras cuestas del Bellua (el Bach-Agha tiene allí su casa de piedra). Pero para subir esas cuestas escarpadas se necesitan las fuerzas y ligereza del zuavo ó del cazador de gamuzas.

G. R.

Revista de Paris.

Vamos á principiar con una noticia que no dejará de sorprender á nuestros lectores; el cometa, el terrible cometa que se esperaba el 13 de junio, y que sin duda por lo mismo que se le esperaba no tuvo por conveniente asomar en el horizonte, se acabó de presentar al fin, y está hoy á la vista de los astrónomos. Para que no quede ninguna incertidumbre en el ánimo de las personas que se encuentren aquí con esta noticia fulminante, traducimos íntegro á continuación el parte oficial comunicado por M. Leverrier á los diarios de Paris, y cuyo contenido es el siguiente:

« M. Dien ha señalado en la noche del 23 al 24 de junio la aparición de un cometa. — El astro se halla visible actualmente al Norte en la constelación de Perseo; todas las noches se observa con el mayor cuidado su posición, y en cuanto se hayan recogido todos los datos suficientes, se calculará el camino preciso que seguirá el nuevo cometa. »

Toda duda debe quedar desvanecida; tenemos á la vista el cometa que viene á visitarnos diez días despues del término fijado por el sabio alemán, cuyo nombre no conocemos aun; pero ¡quién lo diría!... Así como hasta el 13 de junio todo era angustia y ansiedad, zozobra y terror loco, así ahora cuando se sabe de un modo seguro la aparición de ese cuerpo celeste tan temido, Paris lee el anuncio de M. Leverrier con una indiferencia suma. No niega que esté al alcance del anteojo el objeto de tantas aflicciones y congojas; pero esta vez quiere asustarse con entero conocimiento de causa, y para ello espera las nuevas noticias que promete M. Leverrier. Siguiendo este gran ejemplo de prudencia esperaremos tambien nosotros las revelaciones que el astrónomo nos ofrece.

Entre tanto diremos desde luego que la crónica parisiense es bastante pobre esta semana. El mundo elegante ha desertado ya completamente la gran capital invadida hoy por los forasteros. Felizmente para la crónica, no todos los desertores se marchan á países lejanos; muchos de ellos se quedan en las cercanías de Paris, donde hay puntos seguramente con mas atractivos que los que presentan lugares extranjeros de gran fama. Rossini es una de las personas que no han querido apartarse demasiado de nosotros, y sigue celebrando en Passy las reuniones que inauguró en su casa de la Chaussée d'Antin el invierno último. Muchas notabilidades literarias y artísticas acuden á los salones del gran compositor, y mucha gente de tono se disputa la honra de penetrar en sociedad tan ilustre. ¡Digno tributo rendido al genio! Cada reunion de estas da motivo á los periodistas para señalar alguna agudeza de Rossini que, segun parece, no ha perdido nada de aquel buen humor que en otros tiempos le hizo tan célebre en el mundo artístico-literario de Paris. Vamos á trasladar aquí algunas de estas anécdotas, que elegimos en una variada colección recogida en distintos diarios.

Principiemos:

« Rossini ha recibido en Passy á M. Home. El célebre americano fué llevado á casa del gran compositor por una señora del gran mundo cuyos gustos y talentos artísticos son bien conocidos en París, la condesa M...dorf.

Rossini con una urbanidad exquisita, principió por dar á M. Home toda la libertad apetecible.

— Lo que he deseado yo, le dijo, era tener el honor de conocer á Vd.: en cuanto á la magia puede Vd. dejarla á la puerta ó hacerla entrar, como Vd. guste.

M. Home respondió que le habria sido muy grato dar algunas muestras de su poder delante del hombre que ha hecho tantos milagros en música, pero que el poder en cuestion se hallaba aletargado entonces sin que en su mano estuviera el sacarle de su inercia.

— ¡ Oh! no me extraña, repuso modestamente el autor del « Barbero; » pero sí podría Vd., eligiendo el momento oportuno, encargar una ópera á los espíritus que le obedecen, y yo me obligo á hacerla representar. »

Firmado *Nemo*: en el periódico de Bruselas titulado *Le Nord*. Después de esta primera visita el americano vuelve á ver á Rossini: hé aquí el parte de esta otra reunion dada por el maestro:

« Estas últimas noches ha habido en casa de Rossini, en Passy, una reunion muy interesante á la que asistió M. Home, quien esta vez tenía por público una multitud de hombres inteligentes y un poco escépticos: no se trataba allí de un auditorio esencialmente prevenido en su favor y dispuesto á los milagros. Los efectos producidos por M. Home fueron menos sensibles que de costumbre: sin duda el jefe de los espíritus se encontraba en uno de sus momentos de intermitencia.

Un autor dramático de talento que estaba allí, dijo á Rossini:

— Una idea se me ocurre viendo á M. Home.

— ¿Y qué idea es? preguntó el maestro.

— ¡Qué ópera tan bonita se podría hacer con un hombre como ese! ¿Quiere Vd. que escriba yo el libreto de una ópera titulada *Mesmer*? Home servirá de modelo, y Vd. compondrá la música; apuesto á que hechizamos al público.

— ¡Quién sabe! exclamó Rossini; M. Home es capaz de traerme del otro mundo unas manos luminosas que compongan mi música.

— Maestro, responde el poeta, Home no tiene nada que hacer por Vd.; dé Vd. rienda suelta á su genio, que eso vale mas que los espíritus del otro mundo.

— Otro día hablaremos del negocio, contestó el ilustre maestro. »

A esta anécdota sigue la firma de M. P. de Ivoi: (*Courrier de Paris*.)

Por último M. A. Dupeuty del *Figaro* cuenta el rasgo siguiente:

« El domingo decian delante de Rossini que el gobierno acababa de fundar dos clases mas de instrumentos de cobre muy ruidosos y de nueva invencion, en el Conservatorio imperial de música.

— Muy bien, exclamó Rossini con su eterna risita burlona, es sin duda para dulcificar las costumbres del establecimiento. »

No nos atreveríamos á responder de la autenticidad de todo esto; Rossini tiene ingenio bastante para decir lo que aquí se dice, y los periodistas que suscriben no carecen por cierto de la inventiva necesaria para esas y mayores agudezas.

Un periódico de Lóndres nos revela un hecho bien triste, que es el desenlace de una novela histórica llena de poesia y de ternura. El lance pertenece tambien á la crónica de París. Todos los concurrentes al Teatro Italiano recuerdan sin duda haber visto las mas de las noches á una jóven inglesa, cuyas facciones regulares, ojos expresivos y aspecto tierno y melancólico, habrian tenido un hechizo particular sin la extraordinaria palidez que caracterizaba á esta señora.

Esta jóven, poseedora de una fortuna colosal y siempre de una exquisita elegancia, ocupaba uno de los palcos de proscenio que tocan al escenario. Hé aquí su historia.

Muchos años hacia ya que habia consagrado á Mario un amor enteramente platónico, pero perseverante cual ninguno. Apenas habia salido de la infancia cuando una noche vió en sus sueños de niña un jóven de una hermosa sin igual, y se prendió locamente de tan bella imagen. Despierta veía sin cesar la figura de su sueño; la contemplaba extasiada, la hablaba sin decirle una palabra, la comunicaba las cosas mas elocuentes con su espíritu, con su corazón, y persuadida de que los sueños son advertencias del cielo, vivía en la firme inteligencia de que aquel ser idolatrado existía en realidad, y que lograría hallarle en el mundo.

Efectivamente, una noche en Lóndres reconoció su ideal en Mario; él era el hermoso amante que habia visto en sueños.

Al descubrirle comprendió inmediatamente que aquel era el hombre que amaba; pero otra cosa fué cuando le oyó cantar. Mario se hallaba entonces en toda la fuerza de su talento, y ella hubo de experimentar una embriaguez completa en cuanto resonaron las primeras vibraciones simpáticas de una voz que la pareció salir de las profundidades mas recónditas del alma, prestando un encanto indefinible á la música. Desde aquel instante sabia cuál era su destino; destino cruel, pues su amor era un amor sin esperanza que debia morir cuidadosamente encerrado en su seno.

Su vida cambió enteramente; hasta entonces, aunque de gustos sencillos, no vivía retirada del mundo; tenia mucho trato de gentes y era muy estimada en todas partes; todos veían en ella uno de esos seres simpáticos que tienen el envidiable privilegio de conquistarse el afecto general. En cuanto se hubo decidido su suerte, tomó su rostro una palidez extraña, como si toda su sangre se hubiera concentrado en su corazón que tan fuertemente palpitaba por Mario.

Desde la noche en que vió á Mario por la primera vez, resolvió vivir en la soledad. Nunca dirigió la palabra á Mario, pero así que el tenor famoso salía para un país cualquiera, ella marchaba igualmente. Mario llegaba á la capital de Rusia, y la primera persona que veía en uno de los palcos mas próximos á la escena era ella. Cuando fue contratado á Nueva York, ella fletó un buque y llegó á tiempo para asistir á la primera representación de Mario. En Lóndres lo mismo que en París, la inglesa ocupaba siempre un palco de proscenio.

Aunque nunca habló con Mario, este la conocia, porque ejercía sobre él cierto magnetismo. No la tenia amor, pero se hallaba suavemente dominado por ella, y la mirada penetrante de los ojos velados de la mujer pálida le inspiraba un sentimiento exquisito cuando cantaba bajo su fecunda influencia.

Así pasaron muchos años sin que el menor incidente viniera á cambiar el rumbo de este amor esencialmente platónico. La vida de ella era una eterna contemplación del objeto amado sin ninguna perspectiva. — Pero hé aquí ahora el horrible desenlace de esta historia.

Hace algunas noches Mario debia cantar por primera vez este verano en Lóndres su interesante papel de la « Traviata; » era una grande fiesta para la jóven. A la hora del teatro se encontraba vestida en su aposento y se disponia á marchar; pero antes para juzgar mejor el efecto del traje que llevaba, puso una bugía sobre un sillón y comenzó á mirarse en el espejo. Al volverse su hueco vestido de gasa tocó á la luz, y en un segundo se vió rodeada de fuego. Sin embargo no se acobardó; un amor grande da sangre fría y valor para todo en el mundo: la jóven se arrojó en su lecho á fin de envolverse en la ropa y apagar las llamas.

Pero desgraciadamente la doncella habia puesto sobre la cama dos ó tres vestidos de muselina que la modista acababa de traer; el fuego se comunicó á ellos con una rapidez espantosa, y la infeliz se encontró en el foco de una hoguera inmensa. Pidió socorro, mas era ya tarde cuando llegaron; la jóven abrasada de un modo horroroso y sufriendo dolores inauditos, se resistió á todos los remedios de la medicina, conoció que estaba perdida, y no quiso recibir socorros que no habrían tenido mas resultado que el de prolongar sus insufribles tormentos.

Pocos dias después expiraba estrechando sobre sus labios una carta escrita en papel de color de rosa: era una carta de Mario.

Mario la habia escrito una sola vez, no un billete de amor, sino una carta muy respetuosa para darla gracias por sus aplausos y por un ramillete que le arrojó en una funcion á su beneficio.

Tal ha sido el lúgubre desenlace de esta historia de amores.

Los tribunales nos suministran un caso digno de notarse.

Una mujer casi sexagenaria figuraba el jueves último en el banco de los acusados en una de las salas del tribunal imperial de París. En sus facciones ajadas por la huella de largos y punzantes dolores, se descubre aun cierta expresion de una belleza severa, y ese aire distinguido que manifiesta un nacimiento elevado y la práctica de las virtudes claustrales. Segun sus declaraciones es nieta de un antiguo diputado francés del departamento del Moselle, que tomó asiento en las asambleas parlamentarias de la época de la Restauracion. Víctima después de una larga serie de infortunios, entró de criada en varias partes, y sobre todo en los presbiterios; últimamente era aña de llaves en casa de un hombre cuya horrible celebridad ha corrido el mundo... era el ama de llaves de Verger. Pero ella pone cuidado en evitar cuanto puede recordarla al gran delincuente.

La viuda François (tal es su nombre) comparece bajo una prevencion que sale de la línea ordinaria en razon del número de delitos que sobre ella pesan, y que consisten en doscientos robos, estafas y abusos de confianza. Confiesa la mayor parte de ellos, pero hay algunos sin embargo que niega rotundamente.

Condenada á dos años de cárcel por el tribunal de policía correccional, se presentaba en apelacion de esa sentencia.

M. Noellat, su defensor, no se disimula la gravedad de los hechos que existen contra la prevenida; pero trata de despertar el interés de los jueces sobre la infortunada viuda; que la fatalidad puso en contacto con un hombre cuyo crimen parece haberse extendido sobre todo cuanto tuvo roce con su persona; así fué que en el corto círculo de sus conocimientos, ella vino á ser en cierto modo el objeto de una repulsion supersticiosa. Todos la señalaban con el dedo en las calles; las personas religiosas hacian al verla la señal de la cruz, y todo el mundo retrocedia instintivamente al aproximarse el ama de llaves temiendo su contacto; aun en la cárcel misma donde se encuentra ahora, Saint-Lazare, esa reunion de mujeres criminales, huyen de ella como de una lepra; se diria que la sombra de Verger la cubre siempre.

Hé aquí un hecho mas significativo todavía. El año último perdió un hijo, y era el último que conducía á la sepultura. Su dolor fué tan grande que pasó dias enteros sobre la tumba de aquel hijo adorado, sumergida en un dolor silencioso: ahora bien, estas torturas maternales fueron interpretadas en el mundo, después del asesinato de monseñor Sibour, de esta manera: suponíase que la viuda François iba á desenterrar cadáveres por las noches para robarles las mortajas!...

El defensor, en nombre de esos odios fantásticos y sin causa, solicitaba una reduccion de pena, fundado en que esa persecucion sin motivo habia podido ejercer una influencia funesta en el ánimo de los demandantes y quizás tambien en sus declaraciones.

Otra circunstancia importante puso igualmente de manifiesto el abogado. Desde el día 3 de enero, dia deplorable para la Iglesia y la humanidad, la viuda François, cuya ac-

itud en la audiencia indica como una perturbacion de las facultades mentales; sufre alucinaciones extrañas, tiene momentos de idiotismo, de desesperaciones sin causas exteriores; prorrumpe en lágrimas y sollozos, carcajadas y gritos que nada explica aparentemente; diríase que se encuentra bajo el imperio de un recuerdo terrible.

El jóven abogado que desplegó en esta causa un gran talento, concluye implorando la indulgencia del tribunal; pero los jueces, en vista de tantos delitos como pesan sobre la viuda, confirmaron la sentencia pronunciada por el tribunal de policía.

MARIANO URRABIETA.

Versos hechos

EN NOMBRE DE LA SEÑORITA E. M., A LA MEMORIA DE SU AMIGA LA SEÑORITA T. D.

(*Impromptu.*)

I.

Allá en la dulce Sevilla,
Sobre su suelo tan bello,
De Dios brillante destello
Ví que fulgente lució: —
Era una virgen divina,
De corazón sin mancilla,
Que do quiera la semilla
De las virtudes regó.

Era TERESA su nombre;
Su belleza era cumplida:
Luz suave, indefinida,
Brillaba en su casta sien;
Sus azules ojos daban
Solaz á quien los miraba,
Pues en ellos reflejaba
Sus resplandores el bien.

Sobre sus labios rosados
Vagaba dulce sonrisa,
Y con su aliento la brisa
Se perfumaba al pasar;
Eran rosas sus mejillas;
Era breve su cintura, —
Y con gracia y donosura
Su voz sabia hechizar.

Esa virgen deliciosa
Me dió de amigo la mano,
Y en medio al mundo liviano
Se mostró constante y fiel.
Yo la amaba como aman
La flor el grato rocío, —
El cuclillo, ardiente estío, —
La abeja su grata miel.

II.

Mas todo pasa en el instable mundo
Cual arista que sopla el huracan;
Sigue á la dicha padecer profundo, —
Y nuestras horas rápidas se van.

Ayer TERESA con sus bellos ojos
Me llenaba de encanto el corazón;
Y hoy la lloro del mundo en los abrojos,
Y alzo por ella lúgubre canción.

¡Pasó como la flor cuyos colores
Un instante encantaron el pensil;
Pasó cual se disipan los fulgores
De las mañanas plácidas de abril!

Por sus encantos, gracias y pureza,
El cielo como suya la pidió;
Y el alma sol de la eternal belleza,
En sus célicos rayos la absorbió.

III.

Allá estás tú, TERESA encantadora,
En el mundo do reina la verdad;
Mientras tu amiga sin cesar te llora
En esta vasta y yerma soledad.

¡Pero la fe que adoro cual cristiana,
Me promete reunirnos á las dos:
Porque luzca tan plácida mañana
Enderezo plegarias á mi Dios!

A bordo de *El Plata*, 12 de mayo de 1857.

J. M. TORRES CAICEDO.

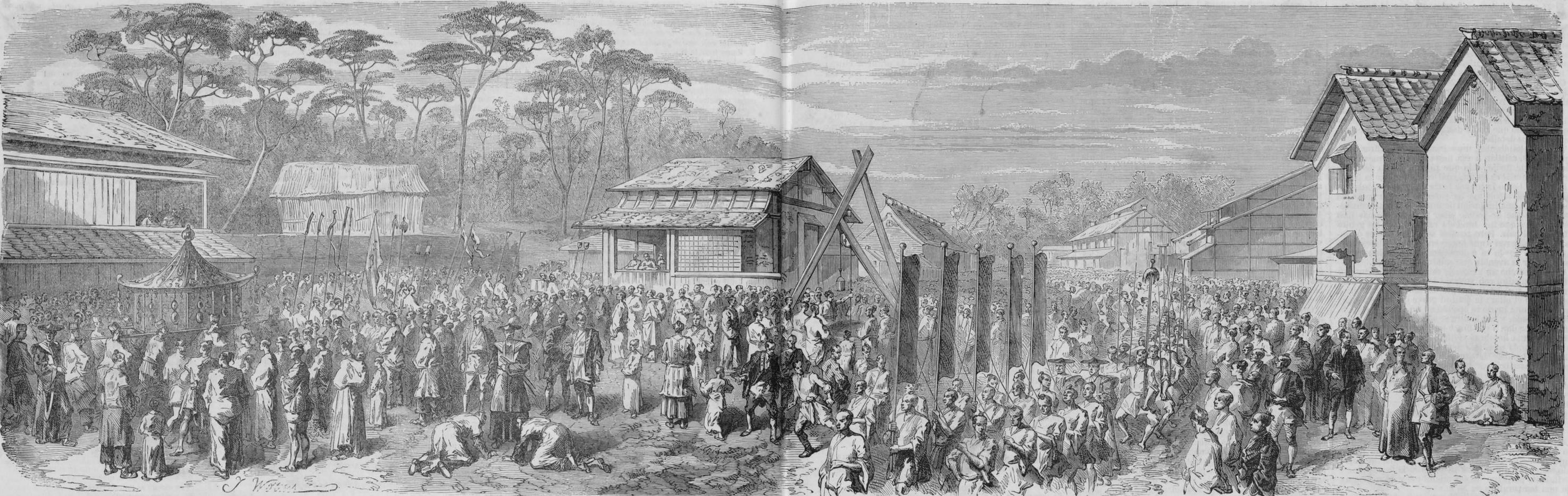
Expedicion de la «Constantine.»

UNA FIESTA PATRONAL EN EL JAPON.

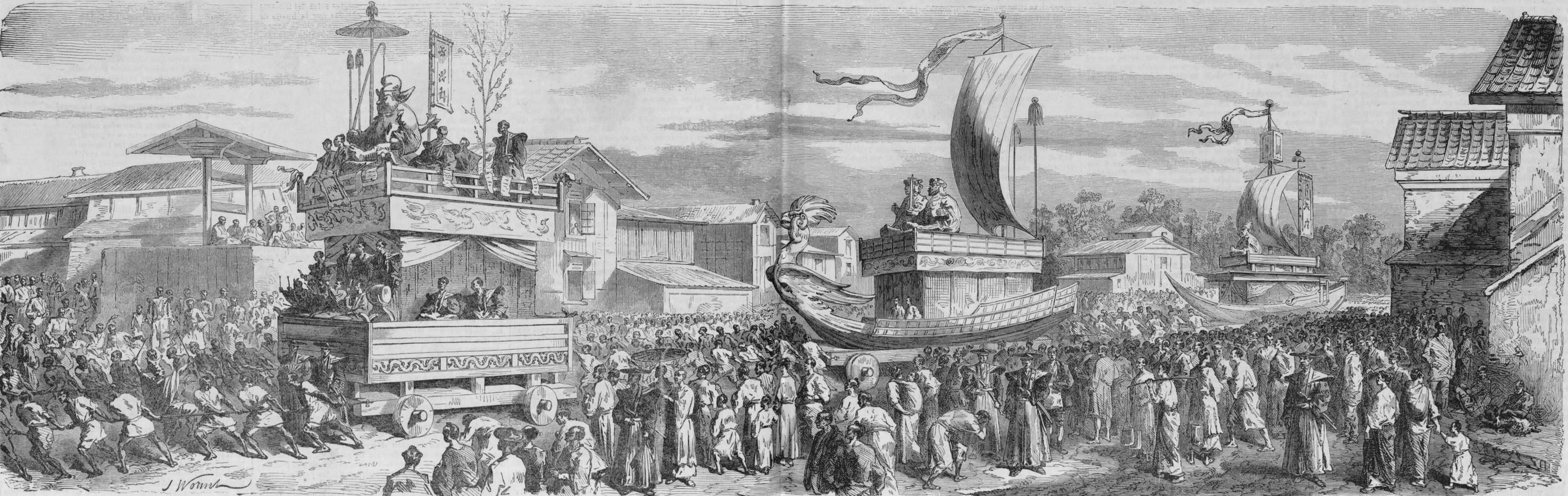
Artículo cuarto. — Véanse los números 224, 231 y 234.

¡HAKODADI 30 de setiembre de 1853.

.... Hacia dias ya que la ciudad se hallaba en conmocion por los preparativos de la fiesta anual de los genios protectores del pais, y nuestra presencia en el puerto excitaba á las autoridades y á la poblacion á presentarnos ese espectáculo mas brillante y magnífico que nunca. Por todas partes se disponian con ayuda de muchos obreros las diferentes piezas cuyo conjunto debia formar la procesion.



Procesion de una fiesta patronal en el Japon.



Procesion de una fiesta patronal en el Japon.

El 27 me advirtieron oficialmente que la fiesta que debía durar tres días, principiaría el 28 por la mañana. Desde la víspera toda la población de los campos había acudido á la ciudad, y á falta de habitaciones se acampaba en las calles, preparándose para el otro día con libaciones de sake, cánticos y danzas al resplandor de las linternas de colores variados que iluminaban la calle y el mar, teatro principal de la fiesta.

Cuando llegué á tierra el 28 ya la procesion estaba en marcha y comenzaba á subir la cuesta que conduce al palacio del gobernador, situado, como hemos dicho, en la parte alta de la ciudad. Con trabajo pude llegar por calles laterales á la esplanada del palacio, donde me coloqué de modo que podía descubrir la procesion entera con todos sus detalles.

Todos los habitantes, unos como actores, otros como espectadores, asistian á esa fiesta que se renueva cada año; sin que nadie, á lo que pienso, pueda decir con certidumbre cuál es su fin, cuál es la idea que la fundó y la dirige. Como la mayor parte de las ceremonias religiosas en el Japon me ha parecido ser un resto del cristianismo, una imitacion de nuestras fiestas patronales. Todo lo que he podido saber por las personas mas instruidas, es que fué fundada en honor de los genios tutelares del pais. Pero ¿cuáles son esos genios ó dioses? ¿Qué hicieron ó qué hacen en beneficio de ese pueblo? Quizás nos lo va á demostrar la procesion que se adelanta por la avenida que conduce al palacio.

Abre la marcha un grupo de seis notables (miembros del ayuntamiento) con su traje de ceremonia, un poco parecido en sus detalles al de los sacerdotes católicos oficiando en el altar: la actitud grave de esos personajes que con una mano se apoyan en un largo baston de puño cincelado, y con la otra se abanicán, indica la importancia que dan á sus funciones. A pocos pasos detrás unos cincuenta hombres vestidos con chaquetillas azules y una banda roja, marchan en dos filas llevando en palos altos banderolas azules, blancas ó encarnadas; otros con inscripciones de diez pies de elevacion que proclaman las virtudes de los genios, y otros en fin con linternas japonesas cubiertas de inscripciones de circunstancias y de dibujos simbólicos.

Después de este primer grupo se presenta un bufon cuyos gestos, saltos y vestidura le dan la apariencia de un genio maléfico. Horrible como un mico, pintado de un modo repugnante y armado con los cuernos y el rabo tradicionales del demonio, el bufon lleva su cometido asustando á los chicos y á las mujeres. No puedo comprender cómo el jóven que desempeñaba ese papel pudo sostenerle durante los tres días de la fiesta, en un movimiento perpétuo de sus miembros y de su lengua bajo una temperatura de 30 grados.

Luego pasaron procesionalmente cada grupo con los atributos de su estado, los representantes de todos los oficios, desde el herrero hasta la lechera; niños de ambos sexos ricamente vestidos, como los que se ven en nuestras procesiones, iban en ese grupo de artesanos, que aunque mas modestos que los otros, me ofreció un interés particular.

En breve apareció el gran sacerdote montado en un rico caballo, bien enjaezado y con su cortejo religioso; delante marchaban cuatro notables, y en dos hileras á los lados, hombres con estandartes, cirios, faroles y atributos del culto. El traje del gran sacerdote era exactamente el de un sacerdote portugués con sobrepelliz blanca y estola, y en la cabeza el bonete cuadrado de crespon negro. Bueno es advertir que este grupo era como los otros, una imitacion apropiada á la representacion teatral de la fiesta, y no una participacion real de la religion del pais.

El ejército estaba representado por tres tipos particulares; lanceros, mosqueteros y arqueros en dos hileras que andaban de un modo tan particular que mas era un paso de equilibrista que una marcha guerrera. Así los que iban armados con una lanza (cuyo hierro estaba reemplazado con una pequeña esfera dorada y unas crines flotantes) llevaban el asta verticalmente en la mano derecha con una ciencia de equilibrio extraordinaria, en tanto que todos sus músculos trabajaban con toda su fuerza en la marcha que ejecutaban en cadencia de una pierna sobre la otra; cada pié permanecía unos cinco segundos en el aire, antes de plantarse de nuevo en la tierra. A cada paso que daban, toda la fila lanzaba un grito ronco en señal de amenaza, y cada cual haciendo dar de súbito una vuelta á su lanza en la palma de la mano, adelantaba el puño izquierdo cerrado con mucha furia.

Los mosqueteros y los arqueros ejecutaban la misma marcha detrás de los lanceros; los primeros llevaban sobre el hombro derecho el mosqueton guardado en su funda de papel con goma, y los segundos llevaban al hombro un arco de dos metros de largo, y á la espalda un carcax lleno de flechas, todo ello de madera con embutidos de laca del trabajo mas deliado.

El uniforme de esos soldados de carnaval consistia en una blusa azul sujeta al talle con una faja de color, y sobre la espalda y el pecho tenian dibujos simbólicos y un escudo adornado con inscripciones japonesas; sus piernas y brazos desnudos dejaban á la vista el vigor extraordinario de su constitucion; en la cabeza llevaban una especie de turbante de tela blanca de algodón del pais.

Después de esta representacion del ejército marchaba el cuerpo de los notables todos sudando sangre y agua con el ardor del sol. Detrás de este grupo poco pintoresco, y arrastrada con gran trabajo apareció llevada por unos veinte hombres una alta silla de manos admirablemente esculpida, finamente lacada dorada, y

adornada con una infinidad de fruslerías de metal dorado que colgaban de ella por todas partes. Este mueble curioso por la riqueza y la perfeccion del trabajo, atraia mas particularmente las miradas de la muchedumbre porque supone que el emperador asiste en él á la fiesta. Antiguamente se creia en esta ficcion, pero hoy la fe política está muy decaida en el Japon, y vimos que los que llevaban la silla sagrada estaban quizá mas ébrios que los otros actores de la pieza.

Los diferentes grupos que acabamos de ver desfilar sucesivamente delante de nosotros, no son mas que comparsas que alimentan la curiosidad pública. Apenas logran fijar algunos instantes las miradas de los espectadores deseosos de contemplar los cuatro grandes carros adornados con banderas que llevan las estatuas emblemáticas de los genios protectores, y que arrastrados cada uno por cien hombres robustos suben lentamente la avenida escarpada que conduce á la esplanada del palacio. Menos impaciente que el público yo, á beneficio de aquella lentitud, pude estudiar y dibujar á mi gusto todos los detalles de la parte mas interesante de la fiesta.

El primer carro sobre cuatro ruedas macizas de 70 centímetros de diámetro nada mas y de 15 á 20 centímetros de grueso, se adelanta llevado por cien hombres vigorosos formados en dos cuerdas de traccion y animándose con la voz; su valor se halla sostenido por los vivos de la muchedumbre que aplaude con entusiasmo á cada dificultad vencida, y por los juegos y las agudezas de un diablillo que corre incesantemente de la cabeza á la cola de las dos hileras de trabajadores afanándose por alentarlos.

Las cuatro ruedas unidas por una armazon fuerte, sostienen una plataforma de 4 metros de ancha sobre 5 metros de larga, rodeada de una balaustrada de madera lacada de rojo realizada con pinturas y ricos dorados. En el centro de esta plataforma á 0^m.50 de la balaustrada, se eleva una construccion de un admirable trabajo que sirve de pedestal á la estatua colosal del genio Hooskandan representado por un grueso *pussah* feo y contrahecho, que lleva una caña de pescar en la mano derecha, y bajo el brazo izquierdo un pez enorme, símbolos de su accion sobre la primera necesidad y sobre la base de la riqueza del lugar.

Delante de la plataforma inferior, seis niños ricamente vestidos que representan ángeles con las alas desplegadas, cantan las alabanzas de Hooskandan, pegando en cadencia sobre una pandereta que llevan para eso; en el interior de la construccion que soporta la estatua, van músicos acompañando, al son de la guitarra japonesa y de la flauta, el canto de los niños; ricas colgaduras de seda con bordados y oro, y un lujo prodigioso de esculturas doradas, realzan la fina laca que cubre por todas partes este carro, vehículo que es una de las cosas mas curiosas y ricas que pueden imaginarse.

El segundo y el tercer carro representaban juncos ó embarcaciones chinas, y en nada le cedian al primero: el uno llamado Hatimanmar, lleva sobre la construccion interior, dispuesta como la del primer carro, las estatuas del genio del mar y de su mujer cubiertas con el traje imperial. Un gigantesco dragon dorado con las alas desplegadas y de un trabajo notable adornaba la proa de este carro.

El otro parecido al precedente llevaba la estatua de Jebis, otro genio de la navegacion.

El cuarto, de forma parecida á la del primero, llevaba la estatua del genio protector de la agricultura representada por un *pussah* miserablemente vestido y con una enorme alforja á la espalda que le daba mas bien la apariencia del genio de los pordioseros. Este último carro diferia de los precedentes en que los niños y los músicos que cantaban las alabanzas, se veian reemplazados en él por un grupo de niñas muy ocupadas en bromear con los espectadores. Este carro llamaba mucho la atencion de la multitud.

Por la lentitud con que marchaban los pesados vehículos, se necesitó todo el primer día para que la procesion llegara del palacio del gobernador á la extremidad oriental de la ciudad donde se detuvo al caer la tarde. Entonces la muchedumbre se disipó y cada cual se fué á su domicilio, unos para descansar (estos eran sin duda los menos) y otros para coronar la fiesta con una orgía.

En los dos días siguientes la procesion desfiló en el mismo orden, aunque con mas lentitud todavía, por los principales barrios de la ciudad, haciendo frecuentes estaciones para reanimarse con copiosas libaciones de sake.

Los tres días se pasaron en la mayor excitacion en escenas licenciosas, y sin embargo, en medio de tal desorden de toda una poblacion, no ocurrió ningun desman digno de castigo. No se puede decir otro tanto de fiestas análogas en otros países. Esto proviene de que en el Japon la urbanidad recíproca es uno de los puntos mas esenciales de la educacion en las clases todas, y así las relaciones mútuas son siempre fáciles y gratas.

Por lo demás, en todos los semblantes se leía una expresion de júbilo inalterable, y al oír las risas de buena ley de la muchedumbre á cada farsa de los bufones, se comprendia que ni el sake puede amortiguar en los japoneses la alegría que es el rasgo mas señalado de su carácter. Las observaciones que pude hacer mientras duró la fiesta, me confirmaron en la idea de que se podría sacar de ellos un gran partido si se lograra romper la cadena que les mantiene cautivos en una política tan absurda como despótica. En cuanto ese pueblo inteligente, valeroso, activo, trabajador é industrial, sienta el peso de su cadena, lo que se me figura no está lejos;

en cuanto sus relaciones con los extranjeros le hayan enseñado á pensar, se hundirá el sistema del día, que no puede vivir sino á la condicion de permanecer en las mas densas tinieblas. Ya algunos rayos de luz atraviesan esa oscuridad; se han formado y se organizan sociedades secretas para la resistencia y la destruccion del sistema antiguo, y es probable que la primera chispa haga saltar la mina que se abre sordamente bajo esa sociedad que carece de luz y de aire.

DALILA

DRAMA EN TRES ACTOS Y SEIS CUADROS

POR

OCTAVIO FEUILLET

Representado por primera vez en el teatro del Vaudeville en París el 29 de mayo 1857.

(Continuacion.)

ROSWEIN.

Si, Dios sabe que me enagena la virtud como el aspecto radiante de ese firmamento; pero el mundo me turba... me impregna de veneno á mi pesar... me da con los nobles tormentos del arte y del trabajo no sé qué fiebres importunas, qué tentaciones perversas! ¡Ay! muy dichosos son aquellos de nosotros que tienen cerca de sí una madre, una hermana, una familia, alguno en fin que les muestre sin cesar la verdad, el camino recto... Pero yo me encuentro solo! (*Baja la voz acercándose.*) La paz que anhelo la encontraba únicamente... en vuestros ojos, Marta.

MARTA, con gravedad.

¡Caballero!

ROSWEIN, con fuego.

¡Ah! es la última vez que os veo... es la última vez que os hablo... estoy bien decidido... Dejádme pues que os abra mi corazón... Sí, vos sola podiais salvarme, siempre sentia en mí la fuerza que me falta en cuanto tocaba vuestra mano, aun en sueños, Marta. ¡Oh Dios mio! vivir aquí, entre vuestro padre y vos, en la serenidad de este hogar de familia, bajo la guarda de vuestra virtud... vivir aquí... morir aquí... ¡Ah! ¿porqué no me ha venido nunca tal pensamiento?

MARTA.

Decidme, Roswein, ¿no he hecho cuanto he podido para alejar de vuestro espíritu ese pensamiento imposible?

ROSWEIN.

Sí, convengo en ello; os hago justicia... Seguramente, en vuestra presencia no podia hacerme ilusiones... pero en cuanto me hallaba lejos de aquí... otra vez la esperanza inflamaba mi corazón... ¡La esperanza es un bien tan grande! Recordad una mirada menos severa, una palabra mas dulce... queria persuadirme que vuestro deber filial era el único obstáculo entre nosotros... que el horror de vuestro padre á los artistas era lo único que nos separaba...

MARTA.

Ciertamente ese obstáculo habria bastado.

ROSWEIN.

¡Oh! Yo le habria vencido.

MARTA.

¡Nunca!

ROSWEIN.

Esta misma noche, contando con vuestro amor (*sorpresamente de Marta*), esta misma noche le habria vencido; vuestro padre me tiene algun cariño, y si yo hubiera triunfado esta noche como lo esperaba ardientemente... ya no lo espero; ¿qué me importan ahora todos los triunfos?... habria corrido aquí, me habria arrojado á sus piés... le habria ofrecido de rodillas mi gloria, que es obra suya... ¡Ah! olvidándose del artista, me habria dado el nombre de hijo... me habria concedido la felicidad.

MARTA.

Haced la prueba.

ROSWEIN.

¿Qué me decís?

MARTA.

Silencio, aquí llega mi padre.

ESCENA VI.

Los MISMOS, SERTORIO con un candelero en la mano, que deja al entrar sobre la mesa de la izquierda. Los dos jóvenes se quedan cortados.

SERTORIO.

Contempladme todos con detenimiento y atencion... Pero ¿qué asustado estás, amigo mio! Nunca me habias visto tan guapo, ¿no es verdad? Así te podrás formar una idea exacta del traje que en mi tiempo gastaba un artista... quiero decir un aficionado: la severidad unida á la elegancia... Pero nada me decís ninguno de los dos... ¿Tengo una facha estafalaria?

MARTA.

No, padre mio, estais muy bien.

ROSWEIN.

¡Oh! Estais solemne y majestuoso; quiero daros un abrazo.

SERTORIO.

¿Qué haces?... ajas mis chorreras...

ROSWEIN.

Os faltan los polvos.

SERTORIO.

No me falta nada, tunante... Vamos, hija mia, vamos á silbar á este jóven insolente.

MARTA.

Vamos pues.

SERTORIO, estrechándole las manos.

¡Serenidad... serenidad!... hijo mio... Yo tiemblo, pero te recomiendo la serenidad!... (Vase; á la puerta se vuelve.) Puedes fumar mientras llega Carnioli; en atencion á la gravedad de las circunstancias te permito que llenes de humo mi domicilio. Vamos, muchacha. (Sale.)

MARTA.

¡Un apretón de manos... y valor!...

ROSWEIN, á media voz.

A las doce de esta noche... me habeis dado permiso.

MARTA, en el mismo tono.

¡El Señor os ayude!

SERTORIO, fuera.

¿Vienes, Marta? (Marta sale.)

ESCENA VII.

ROSWEIN, solo.

¡Ah! ¡qué gozo! ¡me ama!... ¡Se acabaron la ansiedad, el vértigo, los combates del infierno!... Dios me devuelve su gracia... ¡Ah! ¡qué amor tengo á este cuarto, á estos objetos familiares, á estos muebles que á cada instante toca su mano!... Sí, encerraré mi vida en este santuario. ¡Con qué gusto trabajaré aquí, junto á ella!... De súbito ha penetrado en mi alma un reposo profundo... Tenia el cerebro lleno de desórdenes, el alma en una angustia mortal... y ahora que el soplo de un ángel ha rozado mi frente, experimento una paz inmensa... la eterna felicidad en este mundo. (Se sienta á la izquierda.) No, nunca la engañaré; nunca haré correr una lágrima de sus ojos... Os desafío ahora, espectros ardientes, genios maléficos; la sombra de sus alas bastará para ahuyentarlos lejos de mí... (Se levanta.) ¡Ah! todo me es indiferente en este instante; si caigo esta noche en San Carlos, lo sentiré, no hay duda; pero sabré encontrar otra ocasión propicia... Tengo cien óperas cantando en mi cerebro... Pero tantas emociones me aniquilan... (Se sienta á la derecha.) Desearia que me dejaran aquí en paz toda la noche.

CARNIOLI, fuera.

¡Roswein!... ¡Andrea mio! (Recitando.) E venuto il terribil istante.

ROSWEIN.

Es Carnioli.

CARNIOLI, fuera.

Baja pues, animal.

ROSWEIN, yendo al balcon.

Mi querido amigo, no dirijo yo la orquesta... Dejame aquí... soy tan dichoso... si supiérais.

CARNIOLI, fuera.

¿Y porqué tanta dicha?

ROSWEIN.

Porque me ama.

CARNIOLI, fuera.

¿Quién?

ROSWEIN.

Me caso con ella.

CARNIOLI, fuera.

¿Con quién?

ROSWEIN.

Con Marta.

CARNIOLI, fuera.

¡Ah! birbante! bruto! bruto!

ROSWEIN.

¿Dónde anda?

CARNIOLI, entrando.

¡Ah! corpo di Bacco!

ESCENA VIII.

ROSWEIN, CARNIOLI.

ROSWEIN.

Mi buen amigo...

CARNIOLI, enfadado.

¿Qué me dices? ¿Vas á casarte con la hija de ese viejo loco de genio, de mein herr Sertorio?

ROSWEIN.

Con esa misma.

CARNIOLI.

¿Y te figuras que yo lo sufriré?

ROSWEIN.

¿Qué me importa?

CARNIOLI.

¿Qué me importa, tonto de capirote? Arrójate por ese balcon, lo prefiero.

ROSWEIN.

¿Acaso estaríais enamorado de la jóven.

CARNIOLI.

¡Ahora me acuerdo yo de esa mozuela insulsa! Lo que me in creta es tu talento, que es obra mia, que es mi felicidad y mi gloria, y que no permitiré que vengas á sofocar con el matrimonio; no, no sucederá mientras viva.

ROSWEIN.

¿Podeis decirme porqué sofoca el talento al matrimonio?

CARNIOLI.

Porque el matrimonio es un opio, y el opio hace dor-

mir... porque el agua apaga el fuego... porque así es... porque un artista casado es hombre perdido... todo el mundo lo sabe; es marido, padre, ciudadano, todo cuanto quieras; pero el poeta murió... Y así concluyo diciéndote que si amas á la muchacha puedes hacerla tu querida, pero te prohibo que la hagas tu esposa.

ROSWEIN, serio.

Si esas son vuestras ideas morales, no son las mias.

CARNIOLI.

¿Qué trae ahora con su moral?... ¿Desde cuándo la moral es una santa? Tu moral es el arte, tu dios es el arte y el arte es el diablo... Tu elemento es el fuego; peor para tí si te incomoda; pero así que salgas de él has concluido.

ROSWEIN.

Pues saldré, aunque perezca mi talento... A mí no me acomoda la vida de artista... ya os lo he dicho, me enoja hasta lo sumo... Si supiérais lo que sufro en ese torbellino, seríais el primero en tenderme una mano libertadora.

CARNIOLI.

¡Corpo di Bacco! ¡Se está quejando de vicio!... No conoce que el mismo exceso de su sensibilidad le alza sobre el nivel del vulgo... Dices que padeces un tormento infernal que te devora: mejor que mejor... Las tinieblas en la cabeza, el fuego en el alma... ¿Qué mas quieres?... Remordimientos, trasportes, desesperaciones que el vulgo estúpido ignora... todo eso forma el talento del artista, ese es su pan de vida... Cuando padezcas, exclama: ¡Bravo! La gloria me impone ese dolor... ¿Sabes porqué el arte se halla en decadencia? Porque los artistas, bribones sublimes, no pereceis de hambre como en otro tiempo... en el tiempo aquel en que brillaron las artes... porque os pagan muy caro y os dan de comer á dos carrillos.

ROSWEIN, sentándose encolerizado.

Pues que nos saquen los ojos y nos pongan en una jaula, será mas natural.

CARNIOLI.

Vamos, vamos, Andrés, amigo mio, te he dicho palabras muy fuertes... pero ¿qué quieres?... esa maldita idea de matrimonio me ha hecho perder la chaveta... sin embargo, ya sabes que soy tu amigo verdadero.

ROSWEIN.

Si sois mi amigo, dejadme por Dios que sea dichoso á mi manera.

CARNIOLI, jugando con el pié en el suelo.

¡A tu manera!... ¡á la manera de un imbécil!... (Yendo hacia el balcon.) A la manera de ese bruto que se va paseando por ahí como un señor, con su levita azul celeste... (Hablando al transeunte.) Tú, el del leviton... ¡me mira!... eres un borrico, sí, con tu mujer y con tus cuatro muchachos eres un borrico! ¡Y se rie ese animal!... Mirale, mirale, así serás tú.

ROSWEIN, que se levantó riendo.

Pues no quiero mas... ese sugeto es feliz.

CARNIOLI.

¡Félic! Raciocina un poco conmigo, cabeza de piedra. Dices que quieres ser dichoso... ¿Y qué criatura en el mundo puede ser dichosa fuera de su via, fuera de su destino? ¿Con que quieres encerrar en un puño la imaginacion de un poeta, quieres meter en la cárcel de un enano las pasiones de un gigante... y te lisonjeas de disfrutar todos los goces de un hombre cualquiera, porque te abrigues bajo su concha?

ROSWEIN.

Frases y nada mas.

CARNIOLI.

Criticas lo que no entiendes; ¿conoces, por ventura, esa vida de artista que así te espanta? Espera para juzgarla á que te haya dado lo que promete á un genio como el tuyo, y entonces cuando poseas el oro á espuestas como un judío, cuando tengas tantas mujeres como un turco y tanta gloria como un Dios, te permitiré que te cases con las once mil vírgenes, si tal es tu gusto.

ROSWEIN.

Basta, basta, amigo mio.

CARNIOLI, de súbito, como herido de una idea, se acerca á Roswein.

¡Desgraciado!... ¡Si supieras en qué términos me hablaba de tí no hace veinte minutos la mujer mas hermosa de Italia!

ROSWEIN.

¿Quién es? ¿vuestra princesa?

CARNIOLI.

No es mi princesa, bolonio sin respeto; es la viuda mas noble y virtuosa del globo, la princesa Leonora Falconieri, emparentada con los Colonna de Roma y los Doria de Génova, con la casa de Este, nada menos... Pero ya la viste en el baile donde te llevé el lunes último en la embajada de España.

ROSWEIN, riendo con indiferencia.

¡Cómo! ¿Aquella señora que sacásteis á bailar... treinta años... cabellos negros como el azabache... expresion provocativa... y hombros de un contorno de estatua de Venus?...

CARNIOLI.

Así, así es; ¿has notado todo eso y quieres casarte, amigo mio? Pues mas de una vez verás esos hombros entre tu mujer y tú... yo respondo de ello... ¿Pero no sabes lo que me decia de tí esa señora hace un instante?

ROSWEIN.

No; ni lo sé ni quiero saberlo... ¿Qué me importa?... Yo no pertenezco á ese círculo ni quiero penetrar en él... Pero basta de chanzas; hablemos de cosas serias.

Sentiria mucho que no asistiérais á mi boda... ¿seguramente os marchais mañana á Madrid?

CARNIOLI.

Antes de marchar te levantaré la tapa de los sesos... te digo que estas loco... ¡Casarte con la hija de Sertorio... una muchacha insipida... una especie de holandesa que cultivará tulipanes en tu corazon, y que te dará con mucha cachaza legiones de chiquillos!... ¡estás fresco!

ROSWEIN.

Con ello cuento; así cuando volvais de España os tirarán de los bigotes... Vaya... estoy seguro de que les dareis confites.

CARNIOLI.

Les torceré el pescuezo. Ea, ¿vienes?

ROSWEIN.

Vamos allá.

CARNIOLI, deteniéndose junto á la puerta y pegándose en la frente.

¡Dios mio! ¡Dios mio!... Es atroz lo que quieres hacer... no puedo pensar en eso sin temblar... Si persistes, te armo una conspiracion para que silben tu ópera... aun cuando me cueste la broma cien mil escudos.

ROSWEIN.

Como gustéis, señor mio.

CARNIOLI.

Pues dicho está.

ROSWEIN, riendo.

Dicho está... Dadme un cigarro.

CARNIOLI, con fuerza.

¡Un cigarro, miserable!... (Sencillamente.) Toma, aquí tienes cigarros como nunca llegaron á tu boca, pordiosero. (Roswein toma la luz y ambos encienden sus cigarros durante estas últimas palabras.) Andrea, mio caro, júrame que no te casarás con esa mozuela.

ROSWEIN, encendiendo su cigarro, con alegría.

Os juro... que me casaré con ella.

CARNIOLI.

Pues bien, yo te juro que tu ópera será silbada. (Sopla la vela que deja sobre un mueble cerca de la puerta.) Vas á verlo.

ROSWEIN, riendo.

Voy á verlo.

FIN DEL PRIMER ACTO.

Sport náutico.

LAS REGATAS DE NANTES.

El duque de Framboisie de Paris y Madama de Franc-Boisy de Nantes.

Siempre que se trate de funciones náuticas, encontraremos el nombre del duque de Framboisie, ese vencedor eterno en Paris, en Nantes, en Burdeos, y por do quiera se presenten embarcaciones rivales de su gloria. Nantes acaba de hacer grandes esfuerzos para llevarse la palma, pero la suerte se ha mostrado adversa, y hasta ahora ese honor parece reservado al esquire de la villa de Paris. Diremos desde luego para consolar á los nanteses, que nunca disputaron al Duque mas viva y dignamente la victoria.

Madama de Franc-Boisy que llevaba la fortuna y las esperanzas de Nantes, es una construccion de hierro batido muy elegante y perfectamente cortada para la marcha. En esta bonita embarcacion debida á la habilidad de M. Jolet, iba una tripulacion de hombres ejercitados. La lucha debia constar de tres carreras. La distancia que habia que recorrer era de seis kilómetros, mitad subiendo y mitad bajando, con una vuelta á la altura de Beautour. Una brisa rio abajo que soplabá muy fresca á través del agua, hacia que las condiciones no fueran iguales; se echaron en suerte los puestos y Madama favorecida por la fortuna se llevó la ventaja.

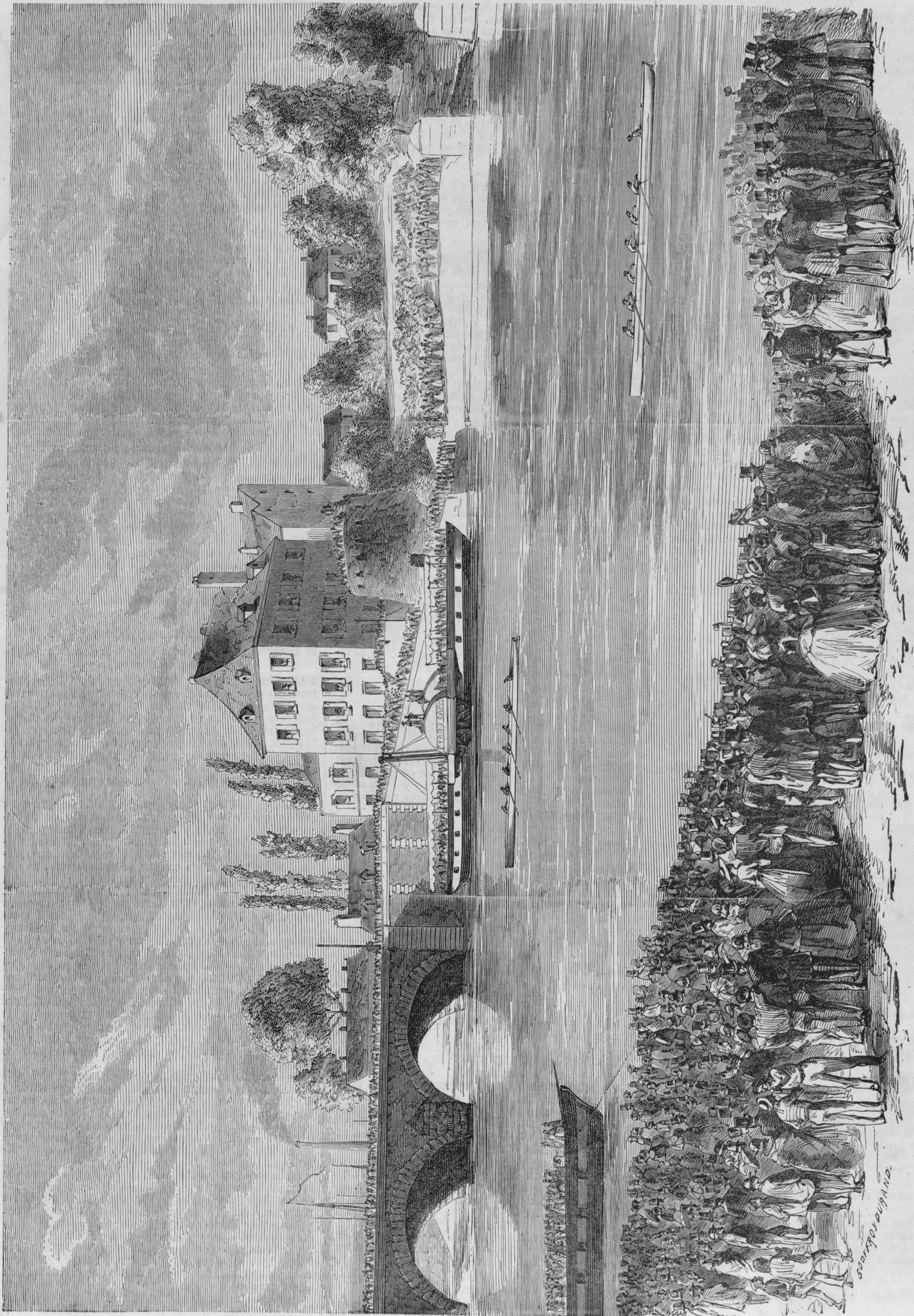
En la primera prueba, á la salida el Duque de Framboisie se colocó á la cabeza y conservó la posicion durante algun tiempo. Las embarcaciones vigorosamente remadas desaparecieron luego en los contornos del Sevre. Al cabo de veinte minutos Madama llegó sola; sin embargo, todas las miradas buscaban al Duque que no parecia. Era indudable que un accidente habia detenido su marcha. En efecto, tal fué la causa de la tardanza; el Duque llegó un cuarto de hora despues de Madama.

En la segunda prueba á fin de compensar la desigualdad de la primera carrera, el Duque se colocó á babor y Madama á su vez sufrió la desventaja del viento. La salida de las dos embarcaciones se efectuó con presteza; pero el Duque se adelantó prontamente y conservó el adelanto seguido de cerca por Madama que luchó enérgicamente. El orden de llegada fué: El Duque en 20 minutos 21 segundos; Madama perdió por 40 segundos.

La tercera prueba dió lugar á otro sorteo y otra vez la suerte se declaró por Madama. Esta ventaja podia influir considerablemente en el resultado final. A la salida el Duque remó con vigor, y por una rápida maniobra se puso y se mantuvo al nivel de Madama en el lado abrigado del viento y este golpe decidió la lucha. En breve tomó alguna distancia sobre su rival, y conservó hasta el fin su adelanto. El triunfo del Duque fué generosamente aclamado por los nanteses, maravillados con aquel rasgo de audacia.

La lucha fué magnífica y ofreció el mayor interés hasta lo último. Vencedores y vencidos pudieron felicitarse mutuamente.

F.



Fiestas náuticas de Nantes (14 de junio de 1857). La llegada á Pont-Rousseau.

Duque de Framboisic.

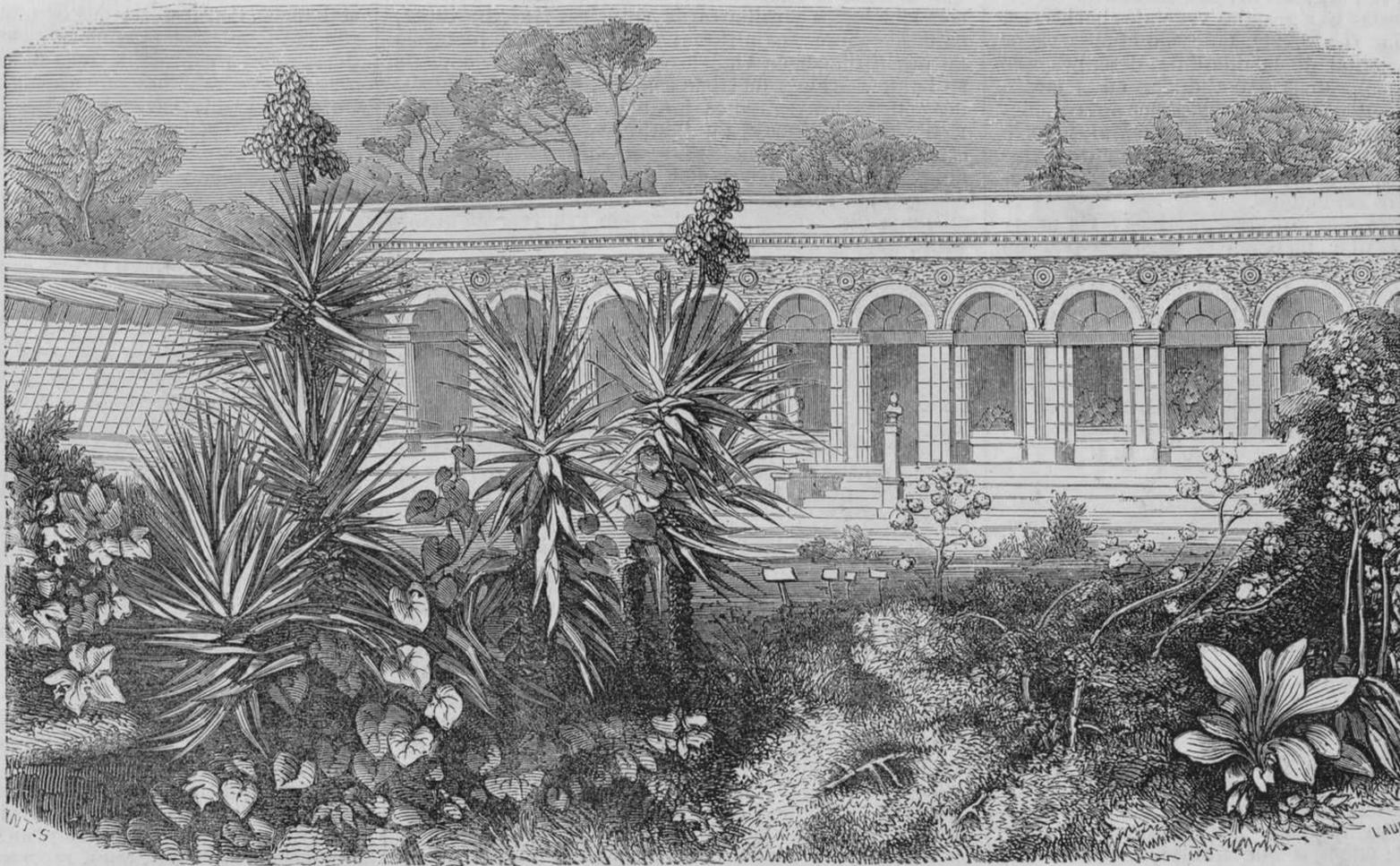
Madame de Franc. Boisy.

507790 DURAND.

LA SOCIEDAD ENTOMOLOGICA DE FRANCIA EN MONTPELLIER.

El 8 de junio han principiado en Montpellier las sesiones de un congreso de naturalistas franceses, del que forma parte M. J. B. Laurens, el autor de los dibujos y del artículo que copiamos á continuación. M. Laurens se propone explorar el litoral del Mediterráneo y la parte baja de los Cevennes; contamos desde luego con sus apuntes, que presentarán sin duda un relato fiel y pintoresco. Entre tanto, hé aquí la descripción del establecimiento, que es como el prodromo de la obra.

El Jardín botánico de Montpellier.



Congreso de naturalistas en Montpellier. — Invernáculo del Jardín Botánico.

Si muchas personas no pueden visitar la Escuela de Montpellier con el interés que debe inspirar el carácter de sus doctrinas medicas y filosóficas, nadie seguramente contemplará sin sorpresa el material inmenso de su enseñanza. Sus anfiteatros, sus laboratorios, su biblioteca, sus gabinetes de física, y principalmente su incomparable conservatorio, son de una importancia que debe sorprender á todo el mundo.

Aquellos que por carecer de nociones sobre la ciencia experimentan penosas impresiones á la vista de tantos objetos que no pueden menos de despertar la idea de las miserias mas tristes y repugnantes de la humanidad, encuentran en el material de la enseñanza un remedio poderoso para disipar tales ideas; la facultad posee un jardín botánico donde la vista de los vegetales mas raros y de las flores mas hermosas hará olvidar lo

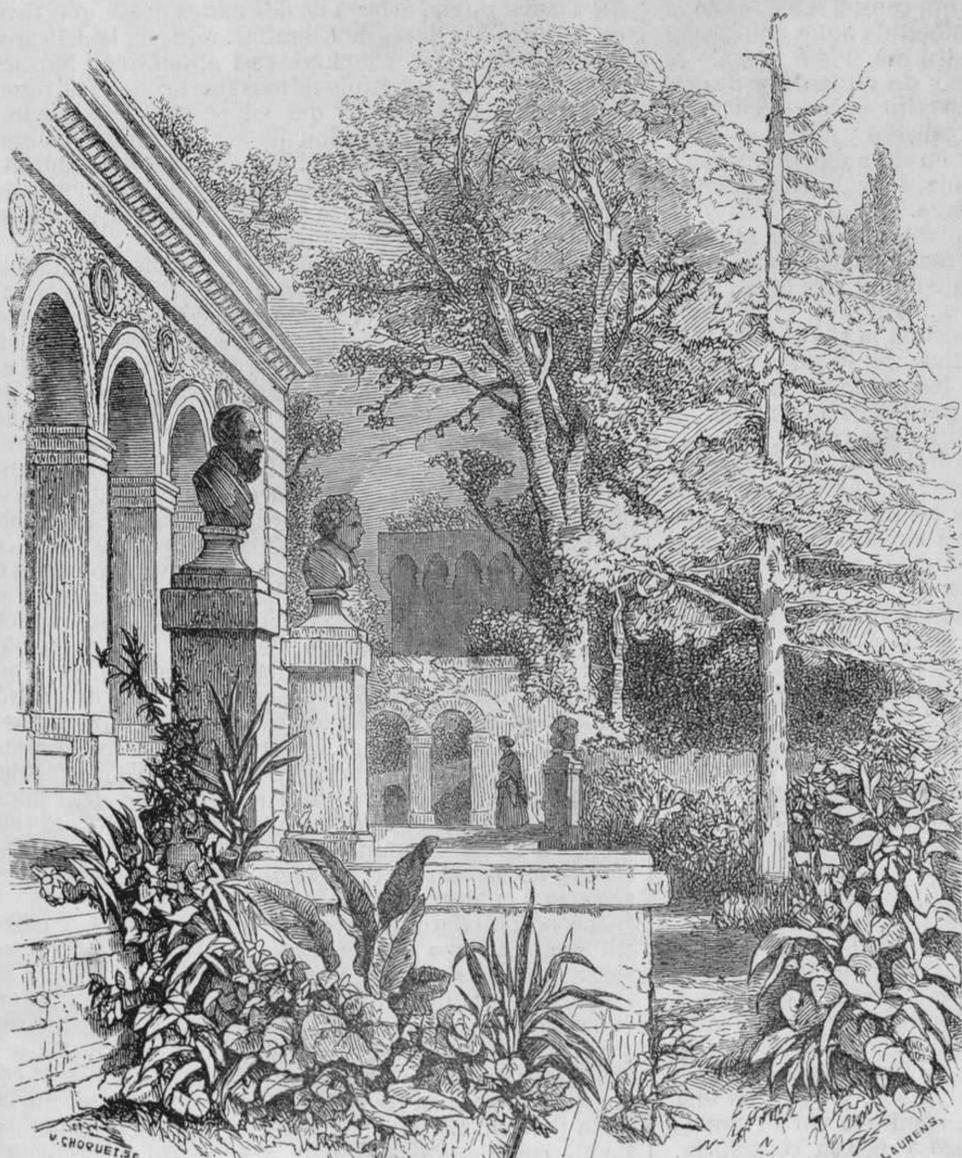
que habria podido herir nuestras miradas en los armarios del museo anatómico.

Este jardín precioso fundado en 1596 por Richer de Belleval con arreglo á las órdenes de Enrique IV, se halla dividido hoy en varias partes bastante distintas por su objeto y por su apariencia. Los que quieran conocer á fondo la historia del jardín y su estado actual, no tienen mas que consultar un hermoso volumen en 4º publicado en 1854 por el director M. Martins. Pero los mas se contentarán seguramente con tender la vista sobre lo que ofrece de mas interesante el establecimiento científico de que se trata. Entremos primeramente en la parte llamada *Escuela botánica*. Allí en mas de sesenta apartados se hallan colocadas sistemáticamente las muestras mas características de las fa-

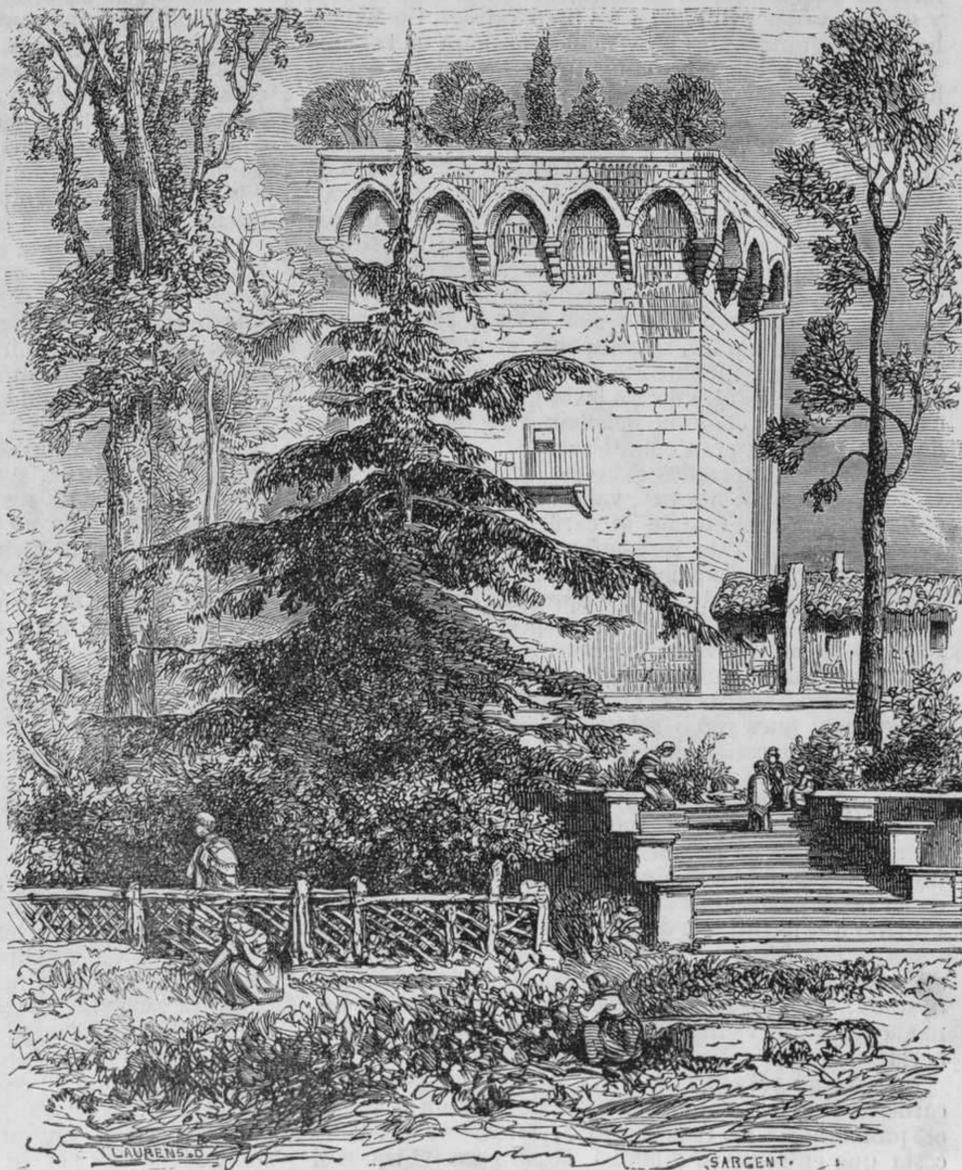
receptáculo de forma larga ve salir de sus aguas cubiertas de *nenyantes*, de *trapa* ó de *marsilea*, los tallos altos del *thalia*, las hojas singulares de las sagitarias, ó las candidas corolas del nenúfar. Por el mismo lado una pared cubierta de enredaderas sostiene un terreno mas alto, sobre el cual se ven cipreses, laureles y *phylitreas*. Esta es la parte mas meridional del jardín, la parte mas griega ó mas poética, aun cuando solo fuera por la especie de nicho donde dicen que están encerrados los restos de Narcisa, la hija de Yung. La Escuela forestal ofrece tambien muchos árboles notables, como encinas exóticas, *planera*, *gleditschia*, cedros, abetos y un pino tambien de una elevacion extraordinaria.

En la parte del jardín que sirve de paseo público, se eleva una colina larga á la que han dado el nombre de

milias naturales del reino vegetal. Al Sur, á la sombra de una pared semi-circular florecen las plantas alpinas: hácia el Poniente, hileras de cipreses abrigan tambien con sombra las plantas mas delicadas del Cabo ó de la Nueva Holanda. Delante del invernáculo la *areca*, las *plumeria*, las *strelitzia*, las *zamia*, las *cycas* sorprenden por su hermosura y por la extrañeza de sus formas. En medio de todas esas plantas exóticas vegetan vigorosamente en grandes receptáculos muchas variedades de *nelumbo*, esa planta que fué sagrada lo mismo en las orillas del Nilo que en las del Ganges. Al Levante un



Extremidad del invernáculo.



La torre de los pinos.

Montaña. Este montecillo existía ya cuando la fundación del jardín, según lo prueba una estampa grabada en 1596; en él se ven algunos árboles seculares. En cada una de sus cuestas hay grandes vegetales herbáceos, como los *yucca*, los *ferula*, etc. Colocado el observador hacia la punta oriental de la montaña, descubre uno de esos preciosos panoramas que abundan en el jardín botánico de Montpellier. Las construcciones de la Escuela de medicina, los campanarios de la catedral, la torre de los Pinos, todo eso visto junta ó separadamente á través de los castaños, los cipreses, los *paulownia* y los cedros forma cuadros seductores.

Entre los árboles mas antiguos que hay en la montaña merece particular mención el hermoso pino de Alepo, cuyas ramas altas se distinguen por todas partes sobre las construcciones del invernáculo. Abajo se distingue igualmente un árbol de Judea multiseccular. Al rededor de su añejo tronco se reune todos los domingos de la primavera y del estío la flor de la comarca. Esta flor habitaba en los tiempos heróicos de Montpellier sobre la colina donde fué construida la ciudad, y ella, según dicen, la dió el nombre de *mons puellarum*.

J. B. L.

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA EN LA RECEPCION PUBLICA DE DON CAYETANO ROSELL.

Discurso de don Cayetano Rosell.

(Continuacion).

Y como este replicase que, á mas de satisfacer los gastos, acaudillaria en persona la expedición, prorrumpieron desembozadamente en sátiras y murmuraciones. Decían que un fraile septuagenario y endeble de salud, por mas que hubiese llegado á arzobispo y cardenal y ministro de los reinos, no habia de ser tambien árbitro en los asuntos de guerra, ni alzarse con el oficio de capitán; que una cosa era mostrar entereza y vigor para los consejos aposentándose en los estrados de la corte, y otra vivir al raso, empuñar la espada, y lanzarse en lo mas recio de los combates, censuras que no hacian mella en quien contaba con voluntad tan firme, y era además el único que podia tomar sobre sí tan aventurado empeño.

De antemano habia reunido cuantas noticias podian ser de provecho para su jornada, no solo respecto al número y calidad de la gente que habia de servir en ella, sino á los aprestos de bajeles, víveres y municiones, y á los puntos en que debían emprenderse las primeras hostilidades. Un coronel italiano, Jerónimo Vianelo, que ya se habia distinguido en nuestros ejércitos y en el arma de artillería, le facilitó diseños de las costas y plazas de Africa, que habia estudiado detenidamente, y en especial de Orán, reputada á la sazón como llave de aquella tierra. Porfio Cisneros; accedió el rey, y se dispuso dar principio á los preparativos. En Málaga habian de juntarse las provisiones; la masa de la gente y la incorporacion y armamento de los bajeles debían hacerse en Cartagena. Para el mando de la expedición se eligió á Pedro Navarro, conde de Oliveto, célebre en el arte de las miras, que pocos meses antes se habia apoderado del Peñon de Velez, yendo en persecucion de unos corsarios. Por cabos se nombraron al conde de Altamira, Juan de Espinosa, Alonso de Granada Venegas, Gonzalo de Ayora, Villalva y algunos otros; maestre de campo á Vianelo; y á Villaroel, gobernador de Cazorla, sobrino del arzobispo, comandante de la caballería, en que iban hasta 4,000 jinetes. Con estos y 800 lanzas de las guardias ordinarias, se componia el ejército de 14 á 16,000 hombres, muchos de ellos veteranos de Sicilia, los demás procedentes de las levadas últimas. Las embarcaciones de todas clases no llegaban á 90; las provisiones de boca y guerra eran cuantiosas.

Parecian ya superadas todas las dificultades, cuando el rey puso otras nuevas, valiéndose de dilaciones y entorpecimientos. Costóle al cardenal no pocos pasos vencer asimismo esta resistencia; y no bien lo habia conseguido, y trasladádose al puerto de Cartagena, temiéndolo todo dispuesto para emprender su navegacion, se suscitaron embarazos de otra especie, que hubieran retraído de su designio al hombre mas animoso. Sobre la provision del mando de ciertas compañías, habia ya tenido Pedro Navarro con el cardenal altercados y contestaciones; pues como soldado brusco y de humilde origen, era de condicion poco sufrida, y tan suelto de lengua como de manos. Puesto ahora de acuerdo con Vianelo, y próximos á embarcarse, parece que corrieron la voz entre los soldados de que no se les darian sus pagas. Con esto se amotinaron. Vianelo trató de reprimirlos, castigando á algunos; Villaroel tomó la defensa de su tío, y pasando de las palabras á los hechos, dió al italiano una cuchillada que le tuvo á las puertas de la muerte. Por fin, sanó este de su herida; pagóse á los soldados, según iban entrando á bordo, y el 16 de mayo de 1509, á las tres de la tarde, levando anclas la armada toda, con viento próspero, tomó el rumbo de Berbería.

No habrian pasado 24 horas, cuando alcanzó á ver el cardenal Jimenez, capitán general de Africa á la sazón, el promontorio de Cabo Ferrato, levantado sobre la costa que enfrente se dilatava, como para indicarle el punto adonde debia enderezar sus proas. A un lado,

sumergida al parecer entre las aguas, distinguía la fortaleza de Mazalquivir, y figurábasele oír las salvas con que le daba la bienvenida; al otro la ciudad de Orán, con sus torres y millares de edificios, rica, suntuosa, edificada sobre dos alturas; y llevando en la memoria las descripciones de Vianelo, creía descubrir el fondo de su bahía, árido y de triste aspecto, y en medio de sus dos colinas los pomposos jardines regados por la corriente de un arroyo. Su júbilo le representaba todas estas risueñas imaginaciones; su entusiasmo le hacia anhelar el momento de poner la planta en aquella orilla, donde tenia su triunfo por indubitable; que, aunque anciano, conservaba todo el nervio y hervor de la juventud.

Al caer de la tarde arribó la armada á Mazalquivir; desembarcó la gente de á pié; los caballos quedaron hasta nueva orden en los bajeles. Pasóse la noche en vela y en idear trazas para el siguiente dia. El cardenal no reposó un momento; el conde Pedro Navarro y los demás cabos tuvieron sus conferencias; y habiendo recibido aviso de que se veían las ahumadas de los enemigos, señal de estar ya prevenidos de su llegada, acordaron emprender la marcha antes que amaneciese. Orán distaba de Mazalquivir poco mas de media legua; no era menester mucho tiempo para ponerse á la vista de la ciudad.

Con todo, gran parte de la mañana se gastó en razonamientos y proyectos. Quería al cardenal tener á mano la caballería; Navarro la contemplaba inútil, y en esta porfia trascurrieron algunas horas; al fin se conciliaron ambos pareceres, sacando de las naves el grueso de ella. Llegó el ejército á una eminencia cerca de Orán, desde donde casi se dominaba la plaza á caballero. Estaba ya ocupada por la morisma, y Navarro determinó apoderarse de ella. Caminaba el cardenal en una mula delante del ejército, acompañado de religiosos de su orden, asimismo en sendas cabalgaduras; precedíale la cruzarzbispal, y él y todos los otros ceñían espadas sobre los sayos sacerdotales; que á quien sepa la obligacion que en lo antiguo tenían los eclesiásticos de acudir á las batallas, y recuerde la animacion con que el insigne prelado don Rodrigo pinta la de las Navas, en que militó, como ahora nuestro arzobispo, no maravillará semejante resolusion.

Puesto, pues, el venerable pastor á la cabeza de sus huestes, y viéndose cercano á los enemigos, trepó á una loma, y desde allí, en breves palabras, como la urgencia del caso requería, les habló de la empresa que iban á acometer, y les comunicó tal ardimiento, que los soldados prorrumpieron en gozosos vivas, mostrándose impacientes por venir á las manos con los contrarios. Determinado iba ya el cardenal á trabar la lid, cuando Navarro y sus compañeros le detuvieron, rogándole que no pusiese su vida en trance tan peligroso, ni á ellos en el caso de distraerse del combate por el cuidado de su persona. Vencido de sus argumentos, bien que con repugnancia, hubo de retroceder á Mazalquivir, dirigiéndose á la capilla de San Miguel para pedir al cielo en fervientes preces por los que defendían su santa causa.

Reconocidas las alturas que ocupaban los enemigos, y calculando su número, que era considerable, dudó el conde Navarro si darles una embestida antes que cayese la tarde, ó esperar hasta el otro dia. Pidió órdenes al cardenal, y este le mandó atacar sin tardanza y resueltamente. Repartido, pues, el ejército en cuatro cuerpos, con la necesaria asistencia de caballos y de cañones, sonaron atabales y trompetas, y en un momento, y como á impulsos de una voluntad sola, se movieron aquellos tercios, acercándose á la montaña.

Cubria su falda una espesa niebla; los moros se mantenían quietos y silenciosos; mas apenas, ganando los nuestros parte de la subida, salieron al aire libre, cayó sobre ellos tal lluvia de piedras, de flechas y de bodeques, que parecia venirseles encima la sierra toda. Allí fué el empuje de los mas fuertes; allí la saña y obstinacion de los corazones. Eran los enemigos muchos y denodados; no cejaban un palmo de terreno; no tenían las manos ociosas un solo instante. Sangrienta iba mostrándose la fortuna, cuando acertó el conde Navarro á ladear las bocas de sus cañones; sembraron sus tiros terror y estrago en las filas de los infieles, que no pudiendo soportar la furia de sus rociadas, á paso lento primero, y luego atropelladamente, trataron de acogerse al amparo de sus murallas.

Pero aquí los aguardaba desengaño mas doloroso; porque habiendo la artillería de la Armada, haciendo fuego desde las naves, descabalgado las mejores piezas que tenían los moros en su ciudadela, y encaramándose por otra parte hasta los adarves algunos de nuestros soldados, que se sirvieron de las picas como de escalas, de improviso se vió la ciudad ocupada por los españoles. Sosa, capitán de la guardia del cardenal, fué el primero que, á las voces de «Santiago y Cisneros,» enarboló en las almenas de Orán el estandarte de los cristianos. Siguiéronle algunos otros, y abiertas de par en par las puertas de la ciudad, se precipitaron los nuestros en ella como un torrente.

Cruel era en aquella época la victoria; crueles no menos que valerosos fueron los españoles con los vencidos. El saco y la mortandad, que duraron toda la noche, darian argumento á un horrible cuadro: no estimamos jamas un triunfo por la sangre de los que lo pierden. Orán era ya de España. El gran cardenal Cisneros recibió las llaves de la poblacion, y entró en ella aclamado como conquistador, admirado por su previsión, bendecido por su entereza y por su constancia. Merecedor se habia hecho de tanto y mayor aplauso; no

fué César mas grande ni mas dichoso cuando cifró en una sucinta frase la hipérbole sublime de su victoria; pero nuestro modesto caudillo remitió á Dios todas sus alabanzas. Con los despojos de una ciudad que con razon era tenida por el emporio mas opulento de aquella tierra pudo añadir gran copia de riquezas á su Tesoro; mas reservándose únicamente algunos libros, tal cual trofeo para su iglesia, y los dones de que pensaba hacer presente á su soberano, dió insigne ejemplo de abnegacion y de menosprecio á los bienes de la vida. Su primera diligencia y su mayor gozo fué devolver la libertad á 300 cristianos que en aquellas mazmorras gemían cautivos. Con lauro tan inmarcesible acabó de coronar la fama su ilustre nombre, completando el glorioso triunvirato en que aun figura, compañero de Colon y del gran Gonzalo.

Compañero fué de uno y otro, así en la celebridad como en la desgracia. España ha solido ser siempre tierra de ingratitude: atribuyámoslo al número de los merecedores mas que al de los ingratos. Pero al considerar que pocos dias despues de su conquista tornó el cardenal á la corte, temeroso del rey, ofensivo par Navarro, y renunciando para siempre á la prosecucion de una empresa que habia sido el colmo de sus ilusiones y esperanzas, pudiera decirse que aun en el mundo hay una expiacion para los que pasan por sus grandezas y su fortuna.

Omito, señores, la relacion de todas estas vicisitudes que no conducen á mi propósito; paso tambien por alto, en obsequio á la brevedad, los triunfos conseguidos por el conde Navarro posteriormente, su entrada en Budjia y Trípoli, despues de rigurosos asedios, el terror que produjo en los pueblos berberiscos, haciendo tributarios de España á Argel, Túnez y Tremecen, y como la infauza rota de los Gelves frustró en cierto modo tan halagüeños resultados, paralizando el progreso de nuestras armas. Carlos V, con todo su poder, se vió en las aguas de Argel contrariado por la naturaleza; la naturaleza, pasados mas de dos siglos, nos arrojó tambien de Orán, primera y última de nuestras principales conquistas en aquellas partes. Orán, pues, representa, no solo el período de nuestra dominacion, sino el espíritu que presidió á nuestras expediciones de Africa.

Señores, ó me ofusca la razon el exceso de mi amor patrio, ó ese espíritu llevaba en la misma generosidad y grandeza de sus fines su mayor justificacion y encomio. Lanzando de España á los sarracenos; persiguiéndolos hasta en sus reparos y guaridas, seguíamos el camino que nos indicaban nuestras victorias; y devolviéndoles su agresion, usábamos ciertamente del derecho de represalias, que en aquella época era natural y de todo el mundo reconocido. Y si atendemos á las consecuencias materiales de la conquista, ¿cómo negar que fuesen en sumo grado ventajosas á los intereses de España, á los de Europa, y en general á los de la civilizacion? Cada uno de los triunfos que en aquellas regiones se alcanzaban era un beneficio dispensado al comercio de nuestro continente, no menos que á la causa de la humanidad, horrorizada con las iniquidades que diariamente se referian de los piratas. Bajo otro punto de vista, España, potencia marítima desde que fué señora del Guadalquivir, árbitra de dos mares desde que tuvo en su mano las llaves de Gibraltar, reina de las Baleares y las Canarias, y con dominio casi absoluto en Nápoles y Sicilia, no solo por titulo de mas fuerte, sino por razon de proximidad y por ley que su propio riesgo le imponía, estaba en obligacion de ser la defensa y antemural de la cristiandad, así como la cuchilla exterminadora de la barbarie. Ayudábanla, pues, en tan grande intento el deber, la justicia y la conveniencia. Veamos si procedió con acierto al realizarlo.

Africa se considera dividida en dos zonas imaginarias que necesariamente deben entrar en los cálculos estratégicos; una se llama el Tell, compuesta de países por excelencia agricultores, abundantes de mieses, ricos en toda especie de produccion y fertilidad; otra lleva el nombre de Sahara, estéril la mayor parte, poblacion de bárbaros, tierra negada á todo fruto que no sea el de la palma melancólica del desierto. De esta diferencia resulta que la dominacion del Tell es la preferible, y aun exclusiva, de Africa; el Sahara es tributario de la primera, adonde en determinadas épocas acuden los habitantes del interior para trocar dátiles por los cereales indispensables á su subsistencia. Así se ven obligados á rendir vasallaje y feudo á la potencia que domine el Tell; y en la zona de este ocupa Orán uno de los puntos mas céntricos y aventajados; de suerte que, en cuanto á la direccion de nuestras fuerzas, y á los puntos en que desde luego trataron de establecerse, con dificultad hubiera podido darse eleccion mas atinada. Mazalquivir, el mejor puerto de aquellas costas, ofrecia un fondeadero excelente y un buen punto de apoyo á nuestras escuadras. Antes de aventurarse á penetrar en el interior, convenia contar con retirada segura, y desde ella extender nuestro dominio á otras plazas del litoral. Dueños ya de Mazalquivir, la posesion de Orán debia anteponerse á cualquiera otra.

Mas no bastaba fiar suceso de tal importancia y magnitud á la azarosa fortuna de los combates; ni era pensamiento eficaz y completo de adquisicion limitar la empresa á una mera ocupacion de territorio, sin miras ulteriores, sin valerse de medios que hiciesen necesario y perpétuo nuestro dominio. Al ciego impetu de las armas debia seguirse el reposo pacífico de las leyes; al estrago inevitable de la cruzada, la restauracion fecunda de la política. La toma de Orán se considera generalmente como una batalla feliz, y en cierto modo maravillosa. Algo mas fué, señores: fué el medio de plantear,

una sublime idea, un sistema bien entendido de conquista, una agregación de los Estados africanos á la Península.

Teniendo el gran cardenal, como no podía menos de tener presente, el ejemplo de los antiguos soberanos, el de san Fernando en Sevilla y el de los Reyes Católicos en todas las ciudades reconquistadas, apunta uno de sus primeros historiadores las bases en que pensaba fundar la colonización de los países que se adquiriesen; á qué reglas deberian someterse los pobladores; cuáles bienes pudieran adjudicárseles, y cuáles reservar á la comunidad, en el concepto de propios ó de eclesiásticos; en qué forma convendría se trasladasen á aquellos países cierto número de caballeros de la órden de Santiago, que fuesen en Oran lo que en Rodas los hospitalarios; con lo cual, y con fundar algunas casas religiosas, y poner bajo una sola mano el gobierno de Oran y Mazalquivir, no sería efímera ni infructuosa la dominación que tan próspera comenzaba. Añade el discreto historiador que Don Fernando contempló útil y necesario este proyecto, bien que no llegase á vías de ejecución, y que otro tanto le pareció despues al emperador, dado que la muerte del arzobispo estorbaba llevarlo á cabo.

En vista de tan prudentes prevenciones, ¿será justo afirmar que el cardenal Jimenez, audaz en sus empresas y perseverante en sus designios, carecía de talento creador y del de organizar lo que creaba; que en la conquista de Oran obró con la misma preocupación y exclusivismo que en todos sus demas hechos; que sólo se cuidó de establecer iglesias y monasterios, y por fin el tribunal de la Inquisición? Aun sin las pruebas á que se refiere su historiador, debiéramos suponer que quien dió tales muestras de cordura y sagacidad en el gobierno, no habia de conducirse impremeditadamente en la ocasión mas gloriosa y crítica de su vida. Su plan de colonización, puesto que en sus pormenores nos sea desconocido, da sobrados indicios para presumir cuán bien pensaba hermanar los intereses de la religion con los de la política, y como, dando el carácter de una cruzada á su expedición, se proponía satisfacer el insaciable patriotismo de aquella época. El enseñó á las generaciones venideras el rumbo por donde podía encaminarse la nación á su verdadera gloria y engrandecimiento. Si el rey Católico difirió aquellas conquistas por la de Navarra; si Carlos V, empeñado primero en extrañas guerras, naufragó luego en Argel, al volver su ambición al Atlas, y propuso la corona de este á la del imperio; si la dinastía de la casa de Austria cambió la dirección que habia dado la de Borgoña á nuestras armas y á nuestra política; y si, por fin, la emigración española prefería las encantadas y auríferas regiones de América á los peligros y estrecheces de Africa, obstáculos, y aun imposibles eran, en parte todavía dudosos, y en parte superiores á todos los cálculos del saber y de la experiencia. — ¡Pobre razon humana! Se ha amenguado la gloria de Cisneros porque nadie secundó sus profundas miras; si por dicha se hubiesen realizado, ¿quién pondría tasa á sus alabanzas. No se dijera hoy con moña, sino con envidia, que el Africa empieza en los Pirineos.

Contémplese en buen hora el gallardo hecho de Oran como un golpe de mano venturoso; no escatimemos á ciertos críticos inflexibles el mérito de sus juicios á *posteriori*; siempre resultará innegable que entre tantas expediciones, ya inútiles, ya funestas, mandadas á unos puntos y á otros de Africa por los gobiernos de España y de Portugal, tan solo la de Cisneros se efectuó pronta, feliz, gloriosamente y á poca costa. Siempre redundará en loor del célebre cardenal que acometiese tamaño intento, sin mas recursos que los allegados por su diligencia, y se tendrá por maravilloso ver á un ejército indisciplinado, que se resistía á obedecerle como caudillo, á los mismos que mas le menospreciaban, cobrar súbito brio con sus voces y con su ejemplo, arrojarse á los enemigos, desbaratar su formidable hueste, y en breves horas apoderarse de una ciudad que hubiera costado en otro caso cruento y prolijo asedio.

Pues ya España consagra á tan inclito varón un monumento imperecedero, no le menester esforzar con débiles razones su panegírico; empresa desempeñada además por las plumas de oro de nuestros Jovios. Ni trataré de imitar el paralelo en que le han puesto con Richelieu escritores sin duda mas aficionados á las bizarrías de la imaginación que á la severidad del raciocinio. Pero reprobemos, señores, ese escepticismo presuntuoso, que trata de esterilizar tambien el fecundo campo de la historia. Acomodando las diferentes épocas y civilizaciones al bello ideal de la actualidad, intenta penetrar en lo mas recóndito de la intencion y de la conciencia humanas, y se rebela incrédulo contra la virtud, por ser incapaz de abrirla en su corazón. Así interpretará siniestramente el recto espíritu de Cisneros, calificándolo como astuta ambición su retraimiento, y su modestia como hipocresía. Le motejará de altivo y tirano, porque empleó la incontrastable energía de su carácter en poner freno á la codicia y desmanes de las clases privilegiadas, por haber sido celoso de sus derechos siempre que los demás se mostraban osados en el olvido de sus deberes. No es dable, sin embargo, imponer silencio á las generaciones que le aclamaron íntegro republicano, reformista atrevido y sabio, político profundo y guerrero intrépido. Ellas nos explican cómo el órden y unidad que trataba de establecer en la administración y la política, unidad que solo existía en la religion, le hicieron ser en Granada inexorable con los moriscos, en la corte determinado con los magnates, y donde quiera rígido y justiciero con los indóciles. Ellas, en suma, aplauden unánimes su sinceridad nunca desmentida, su desinterés y pobreza en los empleos mas

elevados, el sacrificio que hizo á la patria de su retiro y de todas sus ilusiones, su entereza y austeridad en el claustro y en el episcopado, en el desierto y en el gobierno, en el tribunal de la penitencia y en los supremos consejos de la Corona. Así se prueba la verdad en el crisol imparcial del tiempo.

La justicia de Dios, ó nuestra desgracia, frustraron el porvenir mas grandioso que se ha ofrecido jamás á nación alguna. Aspiración era de todo un pueblo, empresa de un hombre solo; si una y otra se malograron, designios son de la Providencia. Bendigamos la mano que así nos hiere; mas rechacemos al propio tiempo injustas acusaciones. Niéguese que fuésemos capaces de civilizar el Africa; con nuestra civilización, señores, se honraron entonces Europa y el mundo todo. Afirmar que nuestro dominio en aquellos climas no hubiera ocasionado ventajas á la humanidad, es un error que harto deploran hoy vuestras antiguas colonias americanas.

¡Si aun tiempo, tomando por dechado á los magnánimos españoles de aquellos siglos, vuelta la patria á su antiguo poder y esfuerzo, y unidos todos en vínculos fraternales, volviésemos las armas á las playas de Berbería, ennoblecidas con la sangre de nuestros abuelos, á las playas que á la sazón ambiciona ó puebla una potencia amiga, recordemos los agravios que aun recibimos de aquellas salvajes hordas; recordemos los altos pensamientos que llevó á Oran su insigne conquistador; y que su fe y vigoroso entusiasmo acaudillen nuestras banderas!

CONTESTACION

DEL EXCMO. SR. D. ANTONIO BENAVIDES.

Señores: Cuatro años hace que en este mismo recinto, depósito de las tradiciones españolas, se presentó un estudioso escritor á recibir el laurel de la ciencia, digno premio á su infatigable constancia. Si la experiencia que dan los años no era prenda que adornaba al ilustre paladín de la república literaria, en cambio su indisputable mérito le habia hecho acreedor al apetecido galardón que le concedieron los jueces, declarándole con unánime voto vencedor en el combate. El que entonces fué mantenedor de la justa en el campo cerrado de la ciencia, viene hoy por sus propios merecimientos á ser juez en nuevas lides, y á acrecentar con el caudal de sus conocimientos el docto arsenal que posee la Academia. Modesto en aquel día de triunfo, tan lisonjero como merecido; modesto hoy al pisar los umbrales del santuario de la historia, sus trabajos literarios, de todos apreciados, son la mas firme garantía de su inteligente celo por las letras y la mas segura prenda de su laboriosidad futura.

El que en tono grave y castizo lenguaje narró las glorias de Lepanto, narra hoy las glorias de Oran; el que ensalzó cual merecían el valor y la prez del invicto Don Juan de Austria, ensalza el valor, la dignidad y la política del gran Cisneros. Y una es la causa, y unos mismos los móviles que guían á estos varones de preclara fama, á llevar á acabada cima tan gigantescas hazañas. No es la historia, señores, una serie de hechos aislados sin enlace ni cohesión; ni son tampoco tan variadas sus escenas, que cada una de las interpresas de los hombres tenga su índole distinta, su carácter especial y su intencion vaga y descosida. En la inmensa cadena de los acontecimientos humanos, la Providencia por sus justísimos y sabios decretos, lleva como por la mano á los héroes, instrumentos de su inmenso poder, para dar comienzo y fin á las obras que se propone en la inmensa sabiduría de sus altísimos designios.

La moral de la historia, eterna como las leyes de la justicia de Dios, es una en todos los tiempos; todas las generaciones lo confiesan, todos los hombres la acatan; y dando con su imponente fuerza la sancion penal á la conducta de los pueblos, así forma y eleva los imperios como los destruye y aniquila. Prueba evidente de esta doctrina son las ruinas magníficas que forman hoy el fondo precioso para el estudio de la arqueología. En el Oriente como en el Occidente hay por do quiera vestigios, no solo de pueblos destruidos por un volcan ó por otros accidentes naturales, sino de reinos dilatados, de colosales imperios, que obedeciendo á la ley providencial de que vamos hablando, perecieron despues de pasados los días de su gloria para hundirse en el abismo del olvido, y servir de lección á la historia, como de escarmiento á las futuras generaciones.

¿Dónde están esos pueblos del Asia, que en épocas lejanas simbolizaron la civilización del orbe conocido, y estremecieron la tierra con el fragor de sus armas? ¿Dónde el saber y los adelantamientos del pueblo egipcio? ¿Dónde esas repúblicas, terror un día de los pueblos bárbaros, potentes por sus artes y ciencias, audaces y temerarias aun en los tiempos de su corrupción y decaimiento? ¿Dónde, por último, la señora de las gentes, con sus familias patricias, su Senado de reyes y sus tribunos del pueblo?

La historia nos cuenta sus prodigios, sus vicisitudes, su grandeza, su decadencia, su ruina. Si bien la examinamos, si con el sentimiento que despiertan en nuestra mente tantas y tan repetidas desgracias osamos levantar la vista hasta penetrar en las causas de tan grandes catástrofes, hallaremos, aun en medio de las prosperidades y grandezas de aquellos imperios, reinos ó repúblicas, un vicio corruptor, que minaba los fundamentos de su existencia, que debilitaba sus fuerzas vitales, que los conducía á la muerte.

El orgullo del hombre, ó emperador, ó rey, ó cónsul, ó tribuno; su inconcebible audacia, que remontando

su vuelo en alas de su soberbia, ha querido siempre, ha intentado, unas veces con próspera, otras con adversa fortuna, y solamente confiado en los fueros de su débil razon, erigirse en tirano, dictador y árbitro del destino de los hombres; el exceso de la cultura, que, como la suma ignorancia, conduce á un fin siniestro, han sido, son y serán la causa de esos tristes ejemplos que la historia nos muestra en sus anales. En unos pueblos las guerras insensatas, en otros la falta de fe en los tratados, en algunos la moral corrompida de su religion, en muchos el ateísmo, que seca los corazones y endurece las conciencias; en todos, el orgullo insensato, la ambición sin límites, los rencores, las venganzas, acarrear los trastornos, los desórdenes y las revoluciones. ¡Triste suerte la de la humanidad, cuando ha perdido el norte de la fe religiosa y política, que conduce al puerto de la quietud y de la sabiduría, y pobres y miserables los pueblos que se solazan al compás de los golpes que sacude el enemigo cuando se halla á las puertas de la fortaleza! Entonces, cuando el dedo de la Providencia señala la hora de la destrucción y el instante final, una mano invisible traza con caracteres de fuego, en medio de las delicias del mas suntuoso de los festines, su última y terrible sentencia; el macedon Alejandro invade y sojuzga la Grecia; los bárbaros caen sobre el imperio romano; y desde el rey de los ostrogodos Ermanarico hasta el conquistador Atila, el *flagellum Dei* de la historia, no hay pueblo que no se conmueva, ni reino que no se rinda, ni imperio que no se derrumbe.

El mal como el bien no son eternos; del mismo exceso del mal nace el bien, y los pueblos, como el fénix, renacen de sus cenizas; el mismo fenómeno en todas épocas y en todos los pueblos. Si hay un vicio capital que poco á poco va minando las leyes de la existencia de una civilización, tambien hay á la vez un principio germinador, vital, de fuerza y de virtud irresistibles; y cobrando vigor con los tiempos, trasforma la sociedad, que convalece de las dolencias pasadas, adquiere la robustez propia de la juventud, y emprende la nueva carrera hasta llegar á cumplir, no sin glorias ni peligros, los destinos providenciales á que está sujeta. Pero no creais, señores, que es dado á los profanos el predecir estas catástrofes ni adivinar el remedio. De largo tiempo preparadas, un día basta á serenar el turbadísimo horizonte, y un hombre solo es el que obra tan grande prodigio; consulta la historia, y vereis que la civilización se personifica de tiempo en tiempo, de mil en mil años, por decirlo así, toma las formas robustas de un gigante, atraviesa abismos profundos, salva la humanidad de su ruina; este hombre, este gigante, este remedio heroico aparece en los campos de la historia despues de prolongadas guerras civiles, despues del asentamiento de pueblos nuevos y bárbaros, despues de sangrientas revoluciones; su origen es desconocido, su carrera es gloriosa, sus empresas heroicas, y guiado por la mano de Dios es fácil para él lo que es imposible para todos; resuelve todos los problemas y todas las cuestiones de jurisprudencia, de filosofía, de política; es conquistador y es legislador; las naciones se postran á sus plantas; las gentes lo aclaman como á salvador, y la lisonja y la superstición le llaman profeta ó semidiós. Este hombre es el mismo, y se llama unas veces César, otras Carlo-Magno y otras Napoleon.

No bajo los auspicios de nombres tan sonoros; con nombres mas modestos, aunque muy ilustres, y con magníficos resultados para todos los ámbitos de la monarquía española, tuvieron lugar á fines del siglo XV acontecimientos de alta trascendencia, que formando de reinos distintos, debilitados por las discordias civiles, una gran monarquía, echaron los sólidos fundamentos de la pública prosperidad, engrandecieron el territorio con gloriosas conquistas, y elevaron el nombre español á inmensurable altura. Ya lo habeis oido: el insigne escritor al cual tengo la honra de contestar, lo ha dicho con la elocuente sencillez que tanto recomiendan sus obras. ¿A quién se debieron tantos prodigios? ¿A quién llevar á cabo empresas tan difíciles? ¿Quién pudo, confiando solo en Dios y en su buena fortuna, ceñirse la corona mas preciada de la Europa, y hacerse la señora de un nuevo mundo? Todos los que me escuchan han nombrado al héroe, y su nombre no ha salido todavía de mis labios. La grande Isabel, la que igualó en prudencia y valor á todas las mujeres antiguas, y las superó en virtud y amor á su patria? Y ¿cómo al hablar del gran Cisneros, no habia de presentarse la primera, entre aquella pleyada de hombres ilustres, la Reina Católica, que á todos animaba con su valor, que á todos dirigía con su talento y á todos entusiasmaba con su magnánimo corazón?

Triste enseñanza, largo periodo de dolorosos ejemplos registró la historia en sus anales en los tiempos de Enrique IV. Bien lo sabeis: ni habia magnate que no alimentase la mas desenfadada ambición, ni medio ni arte que no pusiese en planta, por ilegítimo y criminal que fuese. Los principes de la Iglesia cuidaban, entregados á cosas profanas, mas de sus medros que de su rebaño. Cuestiones de un género especial, que no son para referidas, menoscababan el crédito de la majestad real, el pueblo descontento y un tanto alborotado, la gente mora muy sobre sí y esperando duradera existencia en las partes meridionales, donde tenia asentada su dominación, y por todas partes fraudes, robos, saqueos, incendios, perturbaciones y ruinas.

(Se continuará).

ASTRONOMIA.

POSICION DEL NUEVO PLANETA DESCUBIERTO POR M. H. GOLDSCHMIDT.

El 27 de mayo último á las once de la noche encontró M. H. Goldschmidt su sexto planeta en la constelacion de la Balanza por la ascension derecha 15 h 15^m 58^s y la declinacion Sur 12° 8' (aproximadas); este es el 44° de los pequeños planetas del grupo situado entre Marte y Júpiter. Damos aquí una parte pequeña del mapa celeste en donde se halla situado el planeta. Se le hallará hácia el centro un poco á la derecha, y designado por esos pequeños discos, de los cuales algunos tienen las flechas de 31 de mayo, 1° de junio, 5, 10, etc. Todo aficionado provisto de un telescopio y un atlas celeste, podrá á beneficio de nuestro pequeño mapa, encontrar el planeta y seguirle. Su movimiento es retrógrado en este instante, es decir, se dirige de izquierda á derecha mirando al Sur. — Se adelanta unos 45" hácia el Norte y 34^s hácia la derecha.

No podemos menos de admirar la perseverancia con que M. Goldschmidt, astrónomo aficionado, prosigue el curso de sus investigaciones científicas.

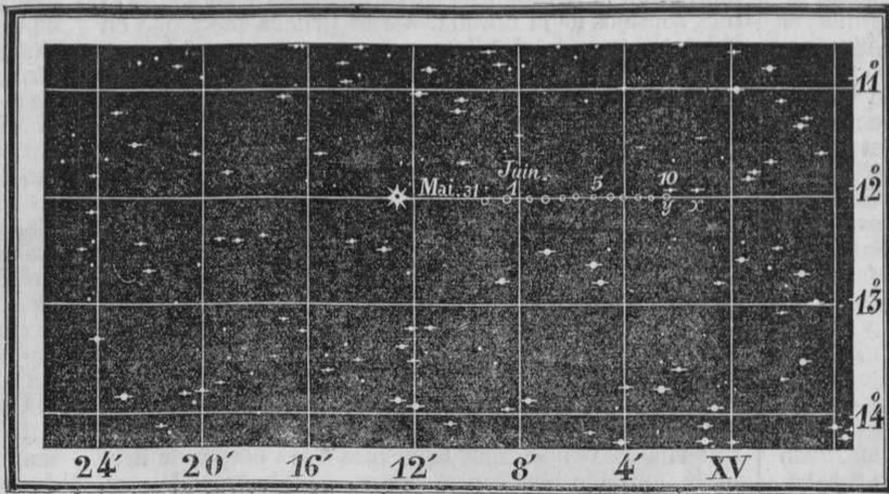
Hé aquí, como hemos dicho ya, el sexto planeta que descubre desde el 15 de noviembre de 1852, y el tercero

desde hace catorce meses. Ahora bien, es de advertir que estos descubrimientos han sido hechos con un ins-

trumento muy modesto; M. Goldschmidt no tiene todas las ventajas que un observatorio bien provisto podria ofrecerle en cuanto á instrumentos astronómicos, y a-

menta mucho las dificultades y por consiguiente el mérito, la circunstancia de que el cielo en Paris está casi siempre brumoso para observaciones de esa naturaleza, pues los pequeños planetas de que hablamos no son visibles á la simple vista; por eso los llaman planetas telescópicos. Solo pueden verse como estrellas de 10^a-11^a tamaño; algunos son de 8^a-9^a. Por consecuencia es preciso tener el hábito de mirar por los instrumentos para lograr distinguirlos.

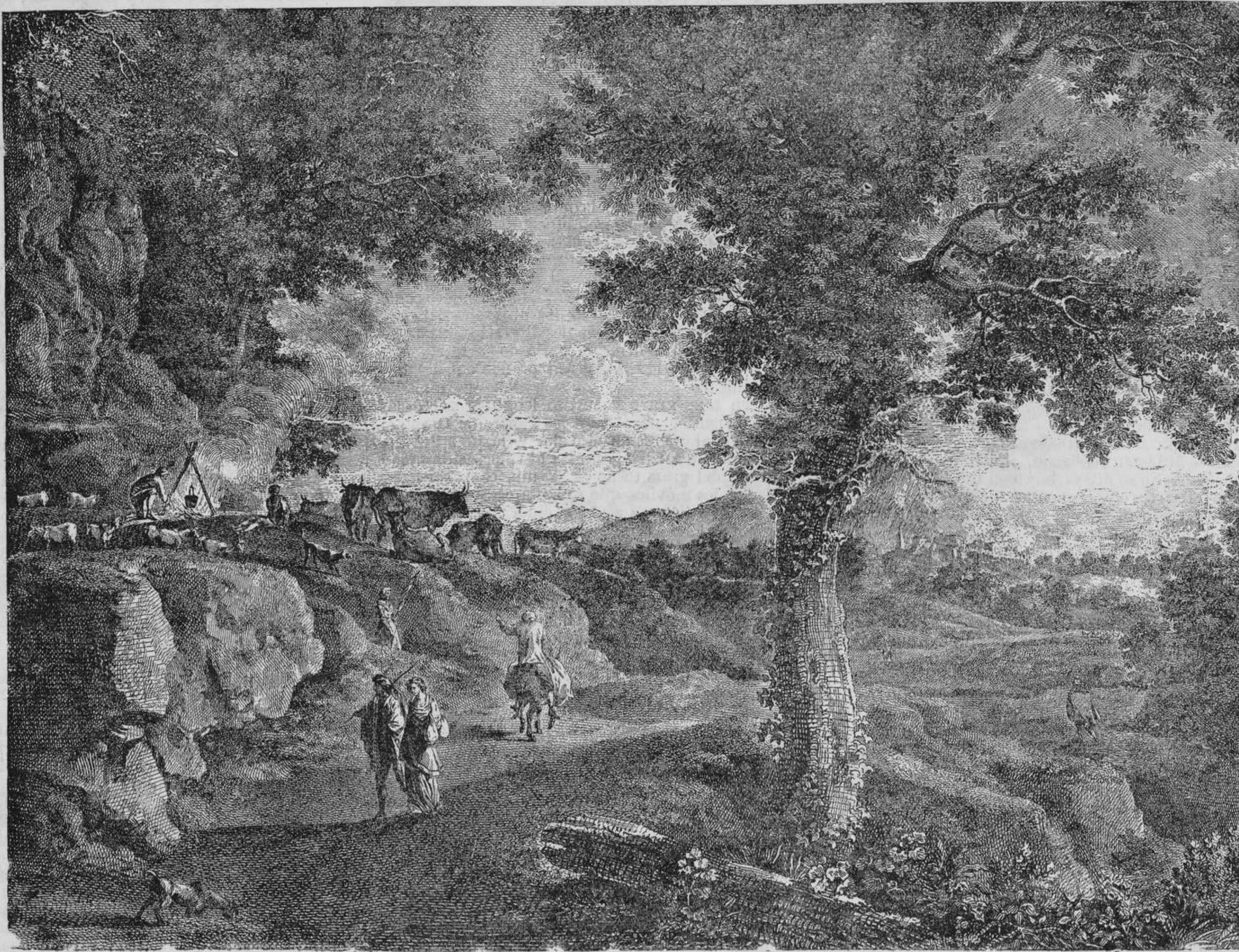
Para los aficionados á la astronomía ponemos á continuacion la lista de los pequeños planetas descubiertos en esa region del espacio donde el famoso Keplero supuso la existencia de uno ó varios planetas, suposicion muy fundada que cada dia vienen á confirmar los descubrimientos. De este modo, además de los planetas Mercurio, Venus, la Tierra, Marte, Júpiter, Uranio, Saturno y Neptuno que componen nuestro sistema solar, tenemos hasta ahora cuarenta y cuatro pequeños situados entre las órbitas de Marte y de Júpiter. Hé aquí las épocas y los lugares de su descubrimiento, así como sus nombres y los de los diferentes astrónomos que nos han revelado su existencia.



Posicion del 44° planeta.

trumento muy modesto; M. Goldschmidt no tiene todas las ventajas que un observatorio bien provisto podria ofrecerle en cuanto á instrumentos astronómicos, y a-

épocas y los lugares de su descubrimiento, así como sus nombres y los de los diferentes astrónomos que nos han revelado su existencia.



EL SOL EN EL OCASO. -- Cuadro de Claudio de Lorena.

Lista de los pequeños planetas conocidos hasta hoy y clasificacion segun la época de su descubrimiento.

Número de órden	Planetas.	Epoca, fecha y lugar del descubrimiento.	Nombres de los astrónomos.
1	Ceres,	1801, Sicilia,	Piazzi.
2	Palas,	1802, Alemania,	Olbers.
3	Juno,	1804, »	Harding.
4	Vesta,	1807, »	Olbers.
5	Astrea,	1845, »	Hencke.
6	Hebe,	1847, »	Hencke.
7	Iris,	1847, Inglaterra,	Hind.
8	Flora,	1847, »	Hind.
9	Metis,	1848, Irlanda,	Graham.
10	Higia,	1849, Italia,	De Gasparis.
11	Parténope,	1851, »	De Gasparis.

12	Victoria,	1850, Inglaterra,	Hind.
13	Egeria,	1850, Italia,	De Gasparis.
14	Irene,	1850, Inglaterra,	Hind.
15	Eunomia,	1851, Italia,	De Gasparis.
16	Psiquis,	1852, »	De Gasparis.
17	Tetis,	1852, Alemania,	Luther.
18	Melpómene,	1852, Inglaterra,	Hind.
19	Fortuna,	1852, »	Hind.
20	Masilia,	1852, Italia,	De Gasparis.
21	Lutecia,	1852, Francia,	Goldschmidt.
22	Caliope,	1852, Inglaterra,	Hind.
23	Talia,	1852, »	Hind.
24	Foceia,	1853, Francia,	Chacornac.
25	Temis,	1853, Italia,	De Gasparis.
26	Proserpina,	1853, Alemania,	Luther.
27	Euterpe,	1853, Inglaterra,	Hind.
28	Belona,	1854, Alemania,	Luther.

29	Anfitrite,	1854, Inglaterra,	Marth.
30	Urania,	1854, »	Hind.
31	Eufrosina,	1854, América,	Fergusson.
32	Pomona,	1854, Francia,	Goldschmidt.
33	Polimn'a,	1854, »	Chacornac.
34	Circea,	1855, »	Chacornac.
35	Leucotea,	1855, Alemania,	Luther.
36	Atalante,	1855, Francia,	Goldschmidt.
37	Fides,	1855, Alemania,	Luther.
38	Leda,	1856, Francia,	Chacornac.
39	Leticia,	1856, »	Chacornac.
40	Harmonia,	1856, »	Goldschmidt.
41	Dafne,	1856, »	Goldschmidt.
42	Isis,	1856, Inglaterra,	Pogson.
43	Ariadne,	1857, »	Pogson.
44	Sin nombre,	1857, Francia,	Goldschmidt.

CH. BULARD.